

III CERTAMEN

Microrrelatos Feministas

de la Universidad de La Rioja

NOELIA BARBED CASTREJÓN
MARIBEL MARTÍNEZ LÓPEZ
(Editoras)



La Rioja



UNIVERSIDAD
DE LA RIOJA

Noelia Barbed Castrejón
y Maribel Martínez López
Editoras

III Certamen
Microrrelatos feministas
de la Universidad de La Rioja

Universidad de la Rioja

2024



© Las autoras y los autores, 2024

© Universidad de La Rioja, 2024

ISBN 978-84-09-63451-4 (rústica)

ISBN 978-84-09-63452-1 (pdf)

Depósito legal: LR 969-2024

Diseño de cubierta: Servicio de Relaciones Institucionales y
Comunicación de la Universidad de La Rioja

Imprime: ABZ Impresores

Impreso en España – Printed in Spain

Prólogo

A lo largo de la historia 'La mujer' se ha construido desde la mirada masculina como una naturaleza inmutable, bien sea desde la óptica abiertamente misógina de los estereotipos negativos rastreables desde El Corbacho hasta, por desgracia, nuestros días (la mujer parlanchina, la mujer chismosa, la mujer vanidosa, la mujer envidiosa, la mujer lujuriosa), o desde una condescendencia patriarcal: la mujer débil, la mujer frágil, la mujer dulce y dedicada, la mujer sensible (-nótese, no racional-), el ángel del hogar. En definitiva, nuestra historia cultural nos ha asignado una identidad pétrea: 'La mujer es'. Se trata del mecanismo de la construcción de 'El otro', unas casillas férreas, el emborronamiento de una historia social que ha establecido unos roles que se nos venden como una 'naturaleza'. Un discurso de otredad inoculado hasta terminar siendo enunciado como identidad: 'Las mujeres somos'.

No son pocas las reivindicaciones de la mujer como 'cuidadora'. ¿Es, de verdad, el cuidado una 'esencia femenina', 'predisposición intrínseca' o un rol de históricamente construido que nos ha sido inculcado -con todas sus implicaciones y cargas de trabajo no remunerado- como natural e inevitable? ¿Qué es ser mujer? ¿menstruar? (¡cuántas veces hemos oído la expresión 'ser ya mujer' asociado a la aparición de la menarquia!) ¿ser madre? (¡cuántas veces se asocia a un imperativo social de 'realizarse como mujer'!) ¿cuidar (como una madre, se sobreentiende)? La reducción a la puesta en función en un sistema reproductivo cishetero patriarcal se trasluce con meridiana claridad.

En este sentido, los relatos contenidos en este volumen que hace parte de la tercera edición del afortunado Certamen de Microrrelatos Feministas de la Universidad de La Rioja, ya desde su heterogeneidad, vienen a abrir una fundamental corralidad frente a las identidades pétreas y los estereotipos romantizados. Voces de las más variadas regiones de España, de Francia, Colombia, Uruguay, Bolivia, Perú, Cuba, Venezuela,

Estados Unidos y Cabo Verde se dan cita en su diversidad. Tres palabras abrían la invitación de este año y recorren los microrrelatos aquí presentados: ‘mujer’, ‘agua’, ‘manos’. Mujeres representadas que salen de la erotización de sus cuerpos como objetos del deseo masculino, que se hacen actantes con sus manos, del cuidado, sí, pero no siempre, pero no solo, pero no como única posibilidad. Mujeres inmersas en la lucha por sus derechos, mujeres que se salen del tópico, que habitan cotidianidades contemporáneas, que evocan transcurrir pasados, que se insertan en diversos ámbitos laborales hoy y hacen frente a sus desigualdades, que no gozan de eternas primaveras, que envejecen, mueren, que se reinventan y redefinen sus relaciones socio-afectivas, que piensan y se piensan. Pero, sobre todo ‘agua’, agua en forma de lágrimas que gritan contra los roles de género y la estela de frustraciones que dejan tras los pasos de los sujetos medidos por la violencia de su vara, contra los maltratos, pero que va más allá. Agua que fluye, impetuosa, agua que no se puede asir, agua que se escapa entre los dedos de los conceptos que pretenden inmovilizarla y moldearla. Agua que termina por erosionar la piedra del estereotipo, la piedra de la ‘esencia’, la piedra de lo que parece inmutable desde el fluir de su multiforme libertad.

Sara Santa-Aguilar

Marie Skłodowska Curie Fellow

Università degli Studi di Milano

Nota de las editoras

Los tres relatos premiados en esta edición han sido:

1er premio: Nóminas de Lourdes Aso Torralba, con residencia en Jaca (Huesca).

2º premio: Alimento de Carmen Tejada Navarro, con residencia en Logroño (La Rioja).

Premio local: En el hades de Eduardo José Viladés Fernández de Cuevas, con residencia en Logroño (La Rioja).

No ha sido fácil la decisión del jurado, en un certamen al que se han presentado en esta ocasión cerca de doscientos relatos, procedentes de diez países diferentes. Muchas gracias a todas las personas que han enviado sus creaciones, demostrando su confianza en las actividades promovidas por el Grupo de Investigación Igualdad y Género de la Universidad de La Rioja.

No todas están recogidas en este volumen, pues se descartaron aquellos que no cumplían alguno de los requisitos exigidos (palabras clave, número de palabras y temática feminista).

De los sí recogidos en este volumen, en nuestra labor de editoras, algunos han sido sometidos a pequeñas correcciones gramaticales y ortográficas necesarias.

Agradecemos a Remedios Álvarez Terán, Iratxe Suberviola Ovejas y Carolina Taboada Ferrero, las tres miembros del jurado, su dedicación comprometida y profesional para emitir su dictamen.

Índice de Microrrelatos

Nóminas.....	17
Alimento	18
En el hades.....	19
Ojos Preñados.....	21
Momentos	22
La metamorfosis feminista	23
Las femeninas manos, inagotable fuente de amor	24
En un país muy lejano.....	25
No ha parado de llover	26
Progreso.....	27
Les souhaits ridicules	28
Espacios de huida	29
¿Las labores de quién?	30
Tarde para la justicia.....	31
Sueño en el fondo de un vaso	32
Página 72	33
Una mujer	34
Mi nombre es mujer	35
La casa del sabio	36
El audio llevaba tres nombres: cesión, indemnización y mi ascenso	37
Voces de mujer: manos que moldean el agua	38

Atalanta	39
Mariela.....	40
Un ser divino.....	41
A las mujeres de mi vida. In memoriam	42
Ya no se me escapa.....	43
Di no a las princesas Disney.....	44
Política educativa.....	45
Negro	46
Mujer del siglo XXI	47
Reflejo.....	48
Quiero ser mi mejor versión.....	49
Una verdadera influencer.....	50
Cuando una mujer	51
Pensamientos en un callejón oscuro.....	52
Pueblo osado e incansable	53
Mujer del agua.....	54
Manos de mujer bajo el agua	55
Mecatrónica.....	56
Secretos a voces	57
La Semilla	58
Sucia.....	59
La niña del agua	60
Sucedió en Argentina.....	61
Si Don Quijote fuera mujer.....	62
Manos Rebeldes: Luchando en el Taller de la Igualdad	63

¡Todo comienza y todo acaba en una madre! (¡Gracias por todo!)	64
La pregunta.....	65
Sixta	66
Yo ya no	67
La fuente de la vida.....	68
Regalo de Reyes.....	69
El despertar.....	70
Mujer pájaro.....	71
Mi papá.....	72
La vida me enseñó a ser fuerte.....	73
Cuando fui noche.....	74
Anabel.....	75
La mujer ave	76
Manos que tejen libertades.....	77
Entre manos y aguas.....	78
En un océano	79
Estanques inciertos.....	80
Manos de mariposa	81
Desierto	82
Travesía.....	83
¿A ti no te ha pasado?	84
Reflejos de mujer.....	85
Mi abuela	86
Casi siete millones de años y seguimos igual	87
Raíles.....	88

Atestados.....	89
Demiurga	90
Sin decir agua va.....	91
Beldad	92
El envejecimiento	93
Retrato de familia	94
El cuidado reapropiado.....	95
Agua.....	96
Catwoman, mamá	97
La verdadera historia de Ariadna, Teseo y el Minotauro	98
Libre.....	99
¡Mírate!.....	100
¿Y yo a que iba?	101
Defecto de fábrica	102
No	103
Perfume barato	104
Luna de agua.....	105
No eras tú	106
Alicia	107
Dependo de mí	108
Ella	109
La chica	110
Manos entrelazadas	111
Inventario de combate	112
Sed de mí	113

El arte de ser mujer	114
Entre sus manos	115
El silencio que levantó la voz	116
Mary Poppins.2.....	117
Aquí estoy yo	118
Mama (á)	119
Wiha.....	120
Negra y verde	121
La extinción de los misóginos	122
Sempiterna	123
Mentora.....	124
Hoy cantamos frente al viento	125
Manos de agua	126
Fluyendo hacia la libertad	127
La fuerza del caudal	128
Final	129
Adelante	130
Marea de cambio.....	131
Lo que ni la demencia borra	132
El sueño	133
En el rincón más íntimo... ..	134
Miradas.....	135
Ella	136
Azúcar en la herida	137
Triple AAA.....	138

Sonrisa forzada	139
Un abisinio	140
Renacer	141
Amor propio	142
Tragedia en tres actos	143
Entre la lluvia y las esposas	144
Manos sucias	145
De vuelta a casa	146
Marchó	147
Decisión	148
Solo vendemos producto artesanal.....	149
El zarandeo	150
Los hombres no lloran	151
Bailar	152
Náuseas	153
Transitar.....	154
Semillas de sabiduría	155
Las Raíces de la Libertad.....	156
En la ribera del río Najerilla	157
El fin	158
Aliadas	159
¡A comer!.....	160
El mundo que les negaron	161
Figuritas de barro	162
La primera mujer	163

Diario de una mujer manos-preciada	164
Reflejo	165
Mujeres de agua	166
Umbral	167
Nadando por la sororidad.....	168
Deepfake.....	169
La última sonrisa.....	171

1^{ER} PREMIO DEL JURADO

Nóminas

Lourdes Aso Torralba

Aunque en mis ratos libres me mueve la misma curiosidad que a Maryam Miczkhani y tal vez nunca gane una Olimpiada Matemática, los números se me dan bien. Es con ellos con los que me peleo cada día en un modesto empleo de administrativa. Al primer vistazo veo los descuadres, pero las compañeras me advierten que si sigo voy a marchar con las manos vacías. He tenido cuidado en no equivocarme con las nóminas. Había un error que se venía arrastrando varios asientos. A cada mujer le faltaba unos doscientos euros de complementos y plus de productividad. Cuando le he enseñado el error al jefe, le ha caído como un jarro de agua fría. Y aunque ganas no le faltaban de echarme con cajas destempladas, ha firmado el presupuesto de gasto. Sin límites. Este mes somos todos iguales.

2º PREMIO DEL JURADO

Alimento

Carmen Tejada Navarro

Abuela no lloró al abrir el costurero de mi madre muerta. Fue al inicio de la guerra. En una sábana marchita, bordó una mujer fuente que vertía el agua que se desbordaba por sus manos en la boca de su hija. Envolvimos a madre en ella y la enterramos. Después, con puntadas certeras como balas, creó en mi edredón un océano de mujeres donde mecerme. Los abrazos multicolor de esas mujeres sin hijas acunaban mis sueños para que no se perdieran en la noche.

Mientras los soldados dormían, abuela rebuscaba entre los escombros algo que apaciguara nuestra hambre. Antes del amanecer, agotada y, muchas veces, con las manos vacías, regresaba. Yo, a pesar de sus protestas, la acostaba en ese mar de mujeres que bordó para mí, para que descansara, para que olvidara lo que cada noche, entre las ruinas de nuestra ciudad, su corazón generoso había tenido que soportar.

En el hades

Eduardo José Viladés Fernández de Cuevas

Según la ley de la probabilidad, hay cientos de mí ahí fuera flotando como agua en suspensión. La versión que ve todo el mundo es la más triste aunque, en algún lugar, lo estoy pasando bien. Sé que mis amigos traspasan esa imagen abstrusa y alcanzan a entender y tocar mi espíritu. Por ellos escribo, porque busco ese sitio en el que, según las leyes científicas, soy feliz. ¿Qué puedo hacer para que alguien, más allá de mis incondicionales, disfrute de esa mujer alegre que levita por el inframundo? Emplear la imaginación, mi mejor aliado, sentirme como una abeja libando una docena de mujeres orgullosas a través de mis manos para que algún incauto de corazón rupestre enloquezca conmigo. Solo así conseguiremos que, por fin, esa agua levitante se convierta en agua de libertad y escucha.

Ojos Preñados

Gonzalo Prieto Barrera

Al levantarse, como de costumbre toca sus ojos y una vez constata que amanecieron preñados con gotas de agua impura fecundadas la noche anterior por un rudo cielo, se marcha y por el camino, las callosas manos de esa mujer sin sortijas las recibe una a una y con cantos bíblicos les da vida y pureza, las reproduce y las extiende a los sucios y sedientos...

En el ocaso de la tarde ya sin una sola lágrima para volverla agua útil, ansiosa y seductora regresa a su hogar, adorna su rostro fatigado y ya radiante, atrae a su amor, se entrega a él hasta altas horas de la noche, se deja embarazar de más lágrimas de su rudo cielo quien no la perturba al espetarle que alguna noche dejará de llover estando ya ella.

Momentos

Victoria Pascual Martínez

Abrió el grifo del patio y lavó su cara y manos cuidadosamente con el jabón de lavanda que juntas habían elaborado.

Mientras daba vueltas a la pastilla entre sus dedos, volvió a recordarla, limitada a permanecer en cama, esponjar sus cojines, ponerle un pañuelo alegre, comenzar el ritual.

Una palangana con agua caliente, la esponja natural que compraron en sus últimas vacaciones, el jabón artesanal que juntas disfrutaron haciendo.

Enjabonaba su rostro, su vientre pegado a sus huesos, las esqueléticas extremidades que tan vigorosas antes corrieron maratones y que ahora ni tan siquiera podían sostenerla unos segundos.

El final llegaba rápido; ella seguía agarrándose a cada segundo de su vida, recordaba con intensidad, sus largas conversaciones, copa de vino blanco en la mano, sus cuerpos entrelazados y ahora su vida limitada a la esponja, el jabón y sus manos de mujer.

La metamorfosis feminista

Ariadna Nogueras Clajer

Se cansó de ser ese pez en la pecera, atrapada en la jaula de oro que su esposo había construido para ella. Su deseo de libertad era tan intenso como la corriente de un río caudaloso; soñaba con bailar bajo la lluvia, cantar a viva voz las canciones que brotaban de su alma y usar sus manos para escribir sobre lo que tanto anhelaba.

Un día, decidió dar el salto y se transformó en esa mujer libre e independiente, dueña de su destino. Dejó atrás la máscara que la sofocaba y empezó a ser una guerrera navegando por la vida sin miedo a las olas, bailó con la intensidad del fuego, escribió con la pasión del viento y fluyó como agua del río. Ella era una mujer indomable, con una fuerza imparables que fluía hacia un futuro donde la felicidad era su única brújula.

Las femeninas manos, inagotable fuente de amor

José Reinaldo Pol García

Son las manos de mujer las que abren acequias para que discurran los sentimientos y no queden represados en el pectoral embalse. Con ellas hace riegos donde siembra la semilla del amor, esa que al brotar genera plantas que al mundo oxigenan en algo tan necesario y vital como los grandiosos valores humanos.

Las manos de la mujer siempre abiertas entregando amor y muchas veces, lamentablemente, no son correspondidas. Evitemos que esas manos no se conviertan en pañuelos que enjugan la salobre agua de unas incomprendidas lágrimas. Ellas son manantial del agua más fascinante, la que se torna en energía limpia y pura. ¡Maldito quien las daña! ¡Esa fuerza supera toda barrera que impida que el agua de los grandiosos sentimientos sea represada!

Que el femenino ejemplo sigamos pues, donde hay una mujer la victoria del vivir está asegurada.

En un país muy lejano

Esteban Torres Sagra

Érase una vez un rey, que se creía muy moderno.

- ¡Por la igualdad! - brindó al concluir su discurso del ocho de marzo, antes de ceder la palabra a su heredera.

La princesa, ya mujer, tomó un sorbito de agua y, con el micrófono entre las manos, enumeró todas las injusticias donde su padre hacía la vista gorda al tolerar ciertas leyes y permitir comportamientos discriminatorios, como, por ejemplo, que en aquel lugar todavía tuviese preferencia el varón a la hembra en la línea sucesoria, o la consideración social, dependiendo del género: macho alfa versus buscona, de las personas promiscuas.

Antes de acabar prometió que, cuando reinara, terminaría de una vez por todas con las desigualdades.

El rey nunca imaginó las ideas progresistas que albergaba aquella cabecita rubia, llena de tirabuzones.

Pero, bueno... esto es solo un cuento que ocurrió en una época y un país muy, muy lejanos.

No ha parado de llover

Lola Lasala Benavides

Escribo sobre unos ojos que ya no recuerdo. Nuestra relación, nacida del agua y expuesta al giro de la veleta del viento del sur. Sinuosa como la incertidumbre de la planta que crece (ahora hacia un lado, luego hacia el otro). Yo reclamaba agua, tú me ofrecías sed.

Once años, enrabiadas en descubrir el mundo. Nos reímos porque no sabemos nada. Nos besamos por hacer algo, las manos enlazadas, descalzas bajo la lluvia del tiempo.

Brotan gritos desde la otra orilla. Se mezclan con el ruido de las piedras, que rebotan exactamente tres veces, cuando las arrojo contra tus ojos azules de mujer. Rígidamente bocanadas del río.

Con la erre de rabia, de la barca amarrada, del desgarramiento de amarte. Con la ese de suave, de secretos, silencios. Nos reímos porque no sabes nadar.

El día que lo explicaron en clase, estábamos en el río.

Progreso

Raúl Garcés Redondo

La sorprendió observando curiosa cómo daba vueltas la ropa en el tambor. Y cómo después posaba la mirada en sus manos venosas y castigadas, recordando, tal vez, todas las veces en que tuvo que sumergirlas en el agua del lavadero.

-Ahora tenemos lavadoras– explicó la mujer esbozando una sonrisa triunfal.

Pero la anciana no alteró aquel rictus serio. Y solo dibujó una mueca de satisfacción cuando vio que el que retiraba la colada era el marido.

Les souhaits ridicules¹

Diana Gil Herrero

Y este cuento empieza al revés y no se puede leer de otra forma.

Fin.

Ni se casaron de blanco ni vivieron felices ni comieron perdices, que siguieron escondidas entre las ramas.

Ni soportó como en la pesadilla pasada que fue la suya agrias tragicomedias del mediodía, con el del traje reprochándolo su desinterés por él y la del moño vociferando su incertidumbre de todo.

No hubo cogida de manos.

Tampoco el gris atardecer en el que se encontraron en esa playa llevó al ansiado beso. Para qué. Sí yo ya sé que tú no serás porque yo ya no soy, decía.

Sí hubo duelos de miradas queriéndose tocarse sin querer. Sí hubo duelo imaginándose sin duelo al final de la cita como si la que respiraba fuera aún la misma que aceptaba todo por nada.

Había una vez una mujer desnuda buscándolo en el reflejo del agua.

¹ Los deseos difíciles

Espacios de huida

Marcos Pérez Barreiro

Las manos de una mujer son aquellas que, al finalizar la jornada, están cansadas. Agotadas de trabajar al otro lado de la puerta. Es decir, ese lugar en el que vivir es el significado equivocado de lograr sobrevivir. Es afrontar una realidad que, por culpa de un exterior sin soluciones válidas, no quedó otra opción que acudir a ella. La injusticia por la que algunos se lavan las manos con agua sucia cuando importantes entidades reclaman respuestas. Soluciones honestas a un problema, el de la prostitución, de dimensiones devastadoras. Ya que, si llamas a la puerta no te contesta la voz de una mujer feliz. Te responde la voz de una mártir. Una esclava que, en pleno siglo veintiuno, debería de poseer el derecho a escoger una profesión digna. Una profesión que no degradara tu personalidad hacia recónditos espacios en los que sobrevivir no es vivir. Es huir, en vano.

¿Las labores de quién?

Jesús Jiménez Reinaldo

Estamos inmersos en plena campaña electoral. El candidato a presidente, del que dicen que es un incorregible adicto al trabajo, se presenta en mi casa el domingo pidiendo el voto puerta a puerta. Se trata de su última ocurrencia ante la fortaleza de su máxima contrincante, una mujer a la que él desprecia públicamente y que le saca varios puntos en las encuestas.

Le pregunto a bocajarro:

—¿Me puede coser un botón?

—Lo siento, eso no sé hacerlo.

—¿A cuánto está en el mercado el quilo de acelgas?

—No tengo ni la menor idea.

—¿Cuántas tazas de agua por una de arroz le pone usted a la paella?

—Disculpe, pero yo no cocino nunca.

No soy como Pilatos, yo no me lavo las manos. Le agradezco la visita mientras pienso que no podría confiar jamás en alguien que ignora tantos aspectos de la vida diaria.

Tarde para la justicia

Jesús Jiménez Reinaldo

Recién llegada al pueblo, la mujer se encaminó al polideportivo, donde la esperaban sus convecinos con un fervor irreprimible. Entre abrazos, piropos y palmas de unas manos que no descansaban en momento alguno, en aquel clima de pasión, parecía que quedaba desmentida la famosa máxima que afirma que nadie es profeta en su tierra y más aún cuando, por unanimidad del consistorio, se había acordado imponer su nombre y apellidos al recinto. Sus padres, sin duda, estarían orgullosos de ella, aunque lamentablemente sólo habían alcanzado a conocer los tiempos duros, cuando tocaba nadar contra corriente en agua gélida. Y así, en el mismo campo en el que le habían prohibido jugar de niña, hizo el saque de honor como campeona del mundo.

Sueño en el fondo de un vaso

Emilio Pulido Medina

Antes de dormirme, pensé que, tal vez, mis últimas palabras no le gustaron. Tan solo dije lo que en ese momento creía. Después me dormí y soñé que descendía hacia el fondo de un vaso en el que habitaba una mujer desconocida para mí. Allí pude ver cómo sus manos, a través del agua que aún quedaba en el fondo del vaso, eran señales de una representación pura: los recuerdos. Al día siguiente, nos vimos de nuevo en el trabajo y, mientras me disculpaba por mis palabras, ella se fue transformando en la mujer de mis sueños. Entonces comprendí que los sueños exploran, con una insistencia real, una revelación que nombra una irrealidad perfecta.

Página 72

Emilio Pulido Medina

Una mujer observa, tras la ventana, la angustia imperfecta del tiempo. Sobre el escritorio un libro y una cajetilla de cigarrillos. Frente a ella la inquietud de un mundo al revés y unas fotos de sus hijas. Sin embargo, aún no ha llegado la hora. Oye que alguien o algo golpea la puerta. Se levanta y la abre con unas manos que ya no son suyas. Afuera llueve y el agua de la lluvia la llena, a la vez, de sueños y de esperanza. Entonces, entra un soplo de vida y abre el libro por la página 72 para que todo se cumpla.

Una mujer

Emilio Pulido Medina

Una mujer implora en este juego maldito de dar vueltas y vueltas en la fosa terrible de las sombras.

Nadie paga el plazo último de su larga pesadilla, ni se acerca despacio a preguntarle cuál es su nombre, ni a decirle que el mundo es imperfecto. Ella nunca me tuvo, ni nunca pude coger sus manos. Nada sabe de mí, lo desconoce todo. ¿Qué hace en este instante? Juega a jugar con el agua. Quizás mañana sea otra.

Mi nombre es mujer

Andreia Loredana Stancu

Mi nombre es mujer, y por circunstancias de la vida crecí en medio de un desierto infinito. Mirara por donde mirara, solo había granos de arena finos y secos, calientes contra la piel.

Eso jamás me había molestado, estaba contenta en medio de la nada. Pertenece al desierto. Hasta que un día todo cambió.

Empecé a soñar con un cielo brillante y un desierto azul... el mar. Nunca había visto algo tan precioso y vivo, por lo que estaba sorprendida de que apareciera en mis sueños. Yo solo conocía este lugar sin escapatoria y anaranjado.

Eran tantas mis ganas de tocar el agua y sentir la tibieza del mar contra mis manos, que busqué una salida. Recorrí el desierto de principio a fin, de día y de noche, entre la calma y la tormenta. Estaba agotada, pero mereció la pena. Encontré la salida del desierto y cumplí mis sueños. La libertad.

La casa del sabio

Palmira Ortuondo*

La mañana era limpia. Escondida entre las nubes y los árboles, la casucha se ofrecía a la mirada sin sobresaltos. Allí, le habían dicho, vivía la persona más sabia de la comarca, abandonada a la contemplación del paso del tiempo y las constelaciones. Pero cuando K. atravesó el umbral, le sorprendió la presencia de una mujer vieja, arrugada como una pasa, que comía con manos sucias los restos de un tubérculo. Ante aquella visión, solo pudo preguntarle, abatido, la ubicación de su esposo. Necesitaba conocer el secreto de aquellas verdades eternas.

-Mi esposo murió hace años -contestó- ahora vive con el polen y el agua. Y es feliz.

Decepcionado, rehízo el largo camino hacia su casa. Y cuando su familia preguntó por las enseñanzas del sabio, K. les respondió que este había muerto y que en la casa solo habitaba su viuda, una anciana fea e ignorante.

*El audio llevaba tres nombres: cesión, indemnización y mi
ascenso*

Isabel García Viñao

Sufrí una experiencia dolorosa en la facultad: Acoso sexual de uno de mis superiores del Consejo Académico. Soy madre soltera con un hijo y perder mi puesto supondría no poder cubrir las necesidades básicas de Jaime.

No fui una gata escaldada que del agua fría hui. No, no, lo contrario: fui osada.

Grabé con el móvil la conversación cuando este mando superior me llamó a su despacho. Cuando sus manos recorrían mis pechos, elevé mi voz y le pregunté: ¿Por qué vuelve a tocar mis pechos? Y él me respondió: Porque los tienes redondos y tersos y con ellos gozo.

Salí de su despacho y escuché lo grabado. Pensé: Mujer, lo que te está hundiendo desde hace tiempo te puede ayudar a nadar. Cuando salí del trabajo denuncié con valentía. El mando fue cesado, fui indemnizada y ocupé su puesto.

Voces de mujer: manos que moldean el agua

Virginia Gómez Regidor

En la semipenumbra de su hogar en Buenos Aires, María de la O Lejárraga se enfrenta al peso de la soledad. Sus manos, antes prisioneras del nombre de su marido, ahora son símbolos de lucha y rebeldía. Cada palabra es un grito de libertad, una oda a la igualdad. El aire, al acariciar su piel en la intimidad del cuarto, le trae recuerdos de sus viajes, evocando vivencias pasadas que se antojan tan lejanas como si le hubieran sucedido a otro. En el silencio de la noche, sus susurros se confunden con el susurro del agua cercana, recordándole su poder como mujer y escritora. Cada letra es una batalla ganada. Sus manos, marcadas por la escritura y la pasión, son instrumentos de cambio y, mientras reflexiona sobre ello, escribe la historia del viaje de una gota de agua quizá, sin saberlo, dictada por el arrullo del agua en su oído.

Atalanta

Álvaro López Ortega

Nada más verme, mi padre, el rey de Arcadia, decidió abandonarme en el monte Partenio, decepcionado porque no era un niño. Aunque la diosa Artemisa envió a una osa para que me amamantara, mi infancia la pasé deseando haber sido un varón. Sin embargo, crecer libre entre los bosques, rodeada de agua, plantas y animales, me hizo seguir el ejemplo de Artemisa y consagrarme a ella, convirtiéndome muy pronto en una mujer fuerte, ágil y hábil cazadora. Al igual que la diosa, también decidí permanecer virgen, haciendo respetar mi decisión frente a hombres, centauros y sátiros que, intentando forzarme a estar con ellos, acabaron encontrando la muerte con las mismas manos y flechas con las que abatía a mis presas. Por eso hoy estoy aquí, Artemisa, en tu templo de Éfeso, para saber si alguna vez cambiará el destino de las mujeres; si en algún momento cambiarán los hombres...

Mariela

Amelia Pérez Adelantado

Nunca sus manos se habían sentido tan libres como aquella mañana.

Mariela, ante el mar, manos ajadas y sumergidas en el agua marina. Su primera vez.

Infancia y adolescencia en un pequeño pueblo, trabajo duro, cariño inexistente y caos emocional. ¿Hasta cuándo?

El cambio llegó con una tentadora oferta de trabajo; la mujer no dudó; maletas preparadas con avidez, autobús deseado, viaje esperanzador... y al fin la ciudad y su mar, cuya agua, curativa, acarició sus dedos y sus manos. Nueva vida.

Un ser divino

Brayan Estiven Ospina Alvarez

Un ser que es como el agua, que fluye a través de nuestra vida, atravesando con toda su corriente nuestra existencia, desde que nacemos hasta que perecemos. Es parte fundamental del universo. Toda vida nace de ella, es poseedora del amor más grande del universo, capaz de darlo todo por quienes ama, sin buscar nada a cambio.

En sus manos se sostiene el futuro de unos hijos, de una familia, de una comunidad y de una sociedad que no podría existir sin ella, ya que este ser divino es quien da la luz, el color y la alegría a un mundo sombrío y opaco en el que vivimos, donde cada día tenemos menos esperanza.

La mujer es hermosa en todos los sentidos, desde todas las formas y semblantes. Cada una de ellas es un mundo y a su vez nuestro mundo no tendría sentido sin cada una de ellas.

A las mujeres de mi vida. In memoriam

AMARI*

Me quedé observándola unos minutos antes de entrar y darle la sorpresa de mi visita. Estaba en su butaca de casa, absorta en un crucigrama, acariciada por el tenue sol de marzo. En 40 kilos condensaba la esencia de una mujer llena de humanidad, experiencia y ternura.

- ¡Abuela!

- ¡Ay, tesoro, que alegría! pero ¿cómo es que estás aquí?

Sonriendo le cogí las manos -nudos, arrugas, calidez infinita- entre las mías y, con su mirada de agua, iluminó el mundo.

- ¿Qué tal en el trabajo, cielo?

- Pues un poco hasta las narices de tantas guardias, la verdad...

- Cuando estés harta piensa en a cuanta gente estás ayudando. A mí me habría encantado estudiar, pero solo pude hacer primaria. Eran otros tiempos, ya sabes... sin embargo tú... ¡eres doctora, tu sueño!

Otra vez tenía razón y me pregunté: ¿cuánto habrán mejorado las vidas de mis nietas?

Ya no se me escapa

JAS*

Siempre he sido esa mujer a quien la valentía ha rehuído. Como si intentase coger agua con las manos y se me escurriese entre los dedos.

Desde pequeña me han enseñado que el amor son gritos, golpes, vergüenza... Por lo tanto, he tenido que aprender, desaprender y reaprender. El amor no es nada de eso, bien lo sabemos ya todas. Aunque siga habiendo muchas personas que no lo vean, o no lo quieran ver.

Pero gracias al ejemplo de tantas mujeres fuertes y valientes, he conseguido comprender lo que antes no entendía. Lo primero, que sí soy valiente; porque he sobrevivido a todo eso que llamaban “amor”. Y lo segundo, que no quiero ese mundo para mi hija, ni mis hermanas, ni mis amigas, ni mis compañeras...

Ahora tengo un cubo cada vez más grande y cada vez más resistente, y el agua ya no se me escapa.

Di no a las princesas Disney

Rosa Poveda Alfonso

"Flexible. Cómodo. Estiloso. Es este. Lo notas, ¿verdad?" Dijo la dependienta en cuanto toqué el manillar del carrito de bebé.

Yo, sinceramente, lo único que notaba, además de una incipiente barriga, era una serie de miedos recorriendo mi cabeza y desfigurando la realidad futura. Me veía en casa criando el bebé. Me veía "conciliando" y encadenando excedencias en la asesoría. Me veía con potitos, limpiando cacas y planchando ropa diminuta. A tiempo completo. Me veía y no me veía a mí misma... Entonces comencé a notar la falta de aire en el pecho, las manos temblorosas y los sudores fríos recorriéndome la espalda.

La mujer, preocupada al ver cómo palidecía, me ofreció un vaso de agua para tranquilizarme.

Entonces, me acaricié la barriga, me prometí que no haría realidad esa versión. Y me despedí de la imagen de princesa Disney que mi ansiosa mente había creado.

Política educativa

Yolanda Giner Manso

Repasó las calificaciones de la evaluación continua y sintió que algo no cuadraba. Magnífico examen, pero no había hecho algunas de las actividades online y faltaba a clase erráticamente, más al final de mes, curiosamente.

Bastó observarla durante un par de semanas, al fondo de la clase. Ser mujer no es fácil ni en la universidad: la pobreza sabe bien como esconderse. Al finalizar la clase, se acercó en privado y le dejó en las manos la llave, con una sonrisa tranquilizadora.

“Si te parece bien, vas a ser mi alumna colaboradora, puedes acceder incluso a la zona del profesorado, desde las ocho de la mañana hay agua caliente”.

No hizo falta nada más para la Matrícula de Honor. Y no solo en su asignatura.

Negro

Isabel Pavón Vergara

Negro era el paisaje al que me asomaba cada vez que acudía a nuestra cita. Me esforzaba a llegar de buen ánimo y así mantenerme a flote de todas sus infamias. Pero me hundía enseguida en sus arenas movedizas. A las doce de la noche, hora de regresar a casa, parecía que aquel aire viciado que flotaba en sus palabras de oscura agua derramada, no desaparecía.

Yo huía. Más el sabor amargo me duraba en la boca siempre, a la espera del nuevo día, del nuevo encuentro.

Una vez me sentí mujer muy fuerte. Decidí no volver jamás y esta decisión me llevó a escuchar cantos de queja por doquier (hasta hoy mismo los escucho), aunque he decidido que no son mis manos las que han de mendigar respeto, cariño, equilibrio en la balanza, no. Mis manos llamarán sólo a los timbres que me muestren limpieza interior y felicidad repartida.

Mujer del siglo XXI

Bizi

A la mujer del siglo XXI deberían reescribirle los cuentos de princesas.

Las ruedas de su carroza cambiarían por las del coche, las del carrito del supermercado o las de las mochilas de la escuela. Los zapatos de tacón alto cambiarían por cómodas zapatillas para llegar a tiempo a todos los sitios.

No habría príncipes ni lacayos.

El embrujo de Cenicienta no acabaría a las 12 de la noche, sino a las 12 del mediodía, justo en el momento de hacer el check out del hotel. Le cortarían la pulsera que felizmente lleva en sus manos, despertando del sueño como si le tirasen un vaso de agua fría a la cara diciéndole: ¡Arriba! ¡A trabajar!

Pero la mujer del siglo XXI se llevaría del sueño una gran sonrisa y una pulsera en las manos imaginaria de libertad. Para esa no existen tijeras que puedan cortarla...

Reflejo

Andrea Martínez Pumar

Suena el despertador. Me levanto y voy al baño. Abro el grifo y se llena el lavabo. Bajo la mirada y ¿cuándo me he convertido en esa mujer? Ese es el reflejo de superar cada miedo, vencer cada complejo, luchar contra los intentos incansables de la sociedad en aplastarme y seguir hasta ser esa mujer que veo.

Meto las manos, siento el agua y me las llevo a la cara. Una sensación de renovación que cada mañana emerge en mí con el objetivo de que nadie vuelva a pisarme, vulnerar esos derechos que con tanto esfuerzo consigo mantener en pie y reivindicarlos todos los días con mis actos, mi forma de vida.

Eso solo es una reverberación de lo que las mujeres hacemos día tras día: meter las manos en el agua, mojarnos la cara y volver a empezar otro día con una sociedad, un sistema y un pasado que hiere.

Quiero ser mi mejor versión

Maialen Lozano Olmos

Solía pasar por los acantilados de agua que había cerca de él río de mi casa, cuando ya había pasado por ahí varias veces con mi anterior pareja. Un día me paré a pensar y vi una mujer lavándose las manos con una botella de agua y le pregunté qué hacía y me dijo que estaba preparándose para purificarse, mi respuesta fue que por qué hacía eso. Ella me contestó que no había nada más bonito que dejar su pasado en el pasado y empezar una vida nueva, y pura, de verdad, amándose y valorándose a una misma, ya que antes no lo había podido hacer y quería ser su mejor versión, entonces yo le sonreí y le dije que quería parecerme a ella, algún día...

Una verdadera influencer

Richard Mauricio Gelvez Pinzón

Cada mañana, con los primeros rayos del sol, Vicky y su hijo abordaban el carruaje rumbo a la batalla. Al llegar a la línea, un “te quiero”, un “espérame ahí” y un “Dios mío, ayúdame”, eran sus últimas palabras antes de saltar al agua. Un carril de 50 metros de largo era su enemigo diario. Curiosamente, sin manos ni piernas, pero gracias a un corazón inmenso y una voluntad inquebrantable, lograba avanzar hasta llegar al otro lado.

Para esta mujer empoderada no hay límites; su discapacidad no es una excusa. Ella es un ejemplo de lucha, que triunfa en un mundo desigual; una verdadera *influencer*.

Tras ganar múltiples medallas, decidió retirarse para poder estudiar y convertirse en entrenadora. Ahora, al llegar a la línea, un “te quiero”, un “te espero aquí” y un “Dios te ayude”, son sus últimas palabras, antes de ver a su hijo saltar.

Para: Virgelina Contreras.

Cuando una mujer

Iraldo Ramírez Tapanes

Ella se detuvo en la puerta de entrada de la cocina. El silencio la dejó escuchar el sonido de una gota de agua que se precipitaba al caer en el lavaplatos. En esa posición sería sorprendida por su esposo años atrás, para su dicha, y no le alcanzaría la vida para agradecerle.

De niña, su madre la instruyó para que cuando alcanzara la mayoría de edad jugará su rol de mujer, esposa y mamá, y cuidara de su casa, sin embargo, desde el primer instante comprendió que esa no era la vida que deseaba tener.

Aquel día su esposo con sus manos atenuó su cintura.

- ¡Cuenta conmigo! - le dijo y añadió -Siempre estaré a tu lado para que puedas cumplir tus proyectos de vida.

Ese fue el primero de muchos momentos de felicidad que disfrutarían como familia.

Pensamientos en un callejón oscuro

Joimar Coromoto Rivero Meza

Ella: Ya vi dos botellas que me podrían servir, si escucho pasos puedo correr y gritar. Si no aparece nadie que me ayude, usaré las llaves que tengo en las manos. Ya he enviado mi ubicación en tiempo real a mi mamá y recuerdo los pasos del video de defensa personal. Mi garganta está seca, necesito agua. Parece una noche tranquila, pero nunca se debe fiar; como mujer siempre terminamos siendo una presa en estas situaciones.

Él: ¡Qué partido de fútbol tan emocionante fue ese!

Pueblo osado e incansable

Adalgisa da Silva Rodrigues

Nuestro país no es tan rico como los otros, pero tenemos agua. Agua de mar de donde sacamos el esencial pescado que comemos y vendemos para sustentar a nuestra familia.

Nuestro país no es tan rico como los otros, pero tenemos tierra. Tierra árida la mayor parte del año porque la lluvia a veces viene y a veces no. Pero, aunque sea difícil, tenemos un dicho que nos da fuerza: “Dios dice: pon las manos y te ayudaré”.

Nuestro país no es tan rico como los otros, pero tenemos audacia. La mujer caboverdiana muchas veces es madre y es padre. Se levanta temprano para buscarse la vida como pueda, alguna tiene una profesión formal, otra vende lo que sea para que no les falte nada a sus hijos.

Cabo Verde tiene solo 10 islas pequeñas, pero somos ricos en fortaleza e inteligencia, y algún día el mundo entero lo verá.

Mujer del agua

Maygo*

Tormenta en el río, una lluvia de pensamientos pasados inunda mi mente, con la sonata del ruido del agua, una gota brota de mis ojos, limpiando el restregar del tiempo perdido y el fluir de la vida que en un arco iris renace en mí.

Siento el hechizo de mujer que habita en mí desde la eternidad, fuerte como el torrente del río.

Un tenue rayo de luz aparece en el encapotado cielo. Pareces tú. Sigo su rastro como me ha guiado durante toda mi vida. Me dio la luz, el coraje y la valentía que forjó mi carácter para poder ser la mujer que quise ser.

Tú sigues en mí a pesar de que tus partículas de materia ya no están. Y hoy he vuelto a sentir tus manos en el río, bajo la lluvia del verano, como cuando era niña.

Padre mío me siento viva si estás conmigo.

Manos de mujer bajo el agua

Javier Torroba*

Manos de mujer bajo el agua.

Manos de mujer en el agua.

Manos de mujer entre el agua.

Y la mujer ve el agua resbalar por sus manos,
colarse entre sus manos,
acariciar sus manos.

Le gustaría ser como el agua,
no como el agua de un canal con sus paredes y esclusas,
sino como el arroyo que fluye libre.

Le gustaría ser como el agua,
no como el agua de un charco estática,
sino como el agua que crea olas en el mar.

Le gustaría ser como el agua,
no como el agua de las tuberías con una trayectoria marcada,
sino como pequeñas gotas de vapor levitando por el cielo.

Le gustaría ser como el agua,
y desde las alturas dejarse caer,
y así enriquecer todo lo que toca
y hacerlo crecer.

Le gustaría ser mujer,
sin tantas barreras que le rodean,
y en libertad poder caminar.

Mecatrónica

Javier Torroba*

- ¡Profesor!
- ¡Que sorpresa! ¿qué tal te va la vida?
- Muy bien, sabes, estoy trabajando en la empresa que yo quería.
- ¿Al final lo conseguiste?
- Sí. Recuerdo cuando decidí estudiar Mecatrónica Industrial. No las tenía todas conmigo. Pensaba que me encontraría con más impedimentos dado que soy mujer, pero todo fue bien, y eso que solo éramos dos chicas.
- Me alegro por ello. En mi departamento al principio solo había una profesora, ahora son once. A ver si se van animando más alumnas.
- ¡Mira mis manos! Recuerdo que siempre nos decías: “Hay que cuidarse las manos. Poneros los guantes de protección, aunque luego las dejéis limpias con abundante agua y jabón, os las podéis dañar.”
- ¡Ja, ja, ja...! – reímos.
- Eres una gran profesional de la mecatrónica, como era tu intención, y una referencia para las demás.
- Cuesta, pero hay que atreverse.

Secretos a voces

Beatriz Coira Ríos

En cuanto los vecinos oyeron las sirenas acercarse, sabían a dónde se dirigían.

Los sanitarios bajaron a la carrera de una ambulancia que competía en luz y sonido con el coche de la policía que los custodiaba. Subieron al quinto piso, donde minutos antes se pudieron escuchar unos gritos de mujer, sobrecogedores. Cuando bajaron a María, ya iba tapada con una sábana. Era tarde para ella.

Ningún vecino preguntó. Al llegar el interrogatorio, primero de la policía y luego de la prensa, apenas dijeron nada. Como respuesta miradas perdidas, huidizas; acompañadas de movimientos de manos y hombros indicando no saber nada.

A las cinco de la tarde del día siguiente, el sepelio. A pesar del agua que caía a mares, todos los vecinos estaban allí para acompañar a María, llorarla e intentar enterrar con ella, los silencios, los “no me incumbe”, los secretos a voces... la culpa.

La Semilla

Iván Humanes Bespín

—Deja que miremos dentro de tu boca —le aconsejaron.

La mujer la abrió todo lo que pudo y miraron en su interior, con luces y todo. Fue una de ellas la que se arriesgó y metió las manos dentro de su cuerpo. Escarbó un poco hasta que con una sonrisa enorme anunció que la había encontrado:

—¡Aquí está la semilla de la igualdad! —gritó.

Y la extrajeron con cuidado. Luego le dieron agua y le ayudaron a recuperarse. Cuando hubieron comprobado que, efectivamente, ese elemento era resistencia, fortaleza y lucha lo guardaron en su maleta. Luego se despidieron. La abrazaron.

—¡Volveremos! —le dijeron con la mano en alto.

Y abandonaron el lugar diseminando la semilla de la mujer por el camino. Las sombras huían a su paso. Y el techo de cristal que les coronaba se agrietó un poco más.

Sucia

Aitana Lastras Díaz

Estoy sucia. Estoy sucia, estoy sucia, estoy sucia. Mi cuerpo está manchado de recuerdos del momento. Noto las marcas invisibles de sus manos en mí, recuerdo la fuerza de su cuerpo. Me lavo la piel con fuerza, pero el agua no limpia mis heridas. Me la corto. Sigue sucia de recuerdos. Sucia de dolor. Llena de sangre, llena de lágrimas. Quiero que me la arranquen y que, con ella, se lleven el sufrimiento. Me miro al espejo y me dan ganas de vomitar. Me siento culpable. Una guarra, una zorra, una puta. Si no hubiera llevado ese vestido... Si no me hubiera acercado a él... Si no... ¡Ajjjj, cállate! No es verdad, no es verdad, no es verdad. No tengo la culpa, no tengo la culpa, no tengo la culpa. Pero si no... Si no fuera mujer...

La niña del agua

Alazne Martínez Romero

Cuando era pequeña soñaba con el agua. Solo la tenía cada dos días, porque no podía ir a la lejana fuente a diario. Fui una niña latinoamericana desfavorecida. No me gusta decir pobre.

Una vez, mi maestra, me dijo que tenía las manos sucias de bolígrafo. Me sonrojé y le contesté que me acababa de manchar. Fui inmediatamente al aseo de la escuela. Ahora siempre las tengo limpias, cristalinas.

La vida quiso arrastrarme en su catarata de dolor, pero logré escapar. Me hice mujer y tomé sola un avión a España. Mi único equipaje fue una foto de mi madre.

Cuido a una señora mayor y hago las tareas domésticas. Tenemos lavavajillas, pero con frecuencia, friego los platos yo misma. ¡Me encanta ver el agua brotando del grifo! Ella me dice “¿por qué tardas tanto, Lucy?”, y yo le respondo “porque hay que ser delicada con la porcelana china”. Y ambas reímos.

Sucedió en Argentina

José Lissidini Sánchez

Su primer hijo proviene de un matrimonio sirio libanés, para el cual, siendo una niña de dieciséis años, fue comprada a su padre. El precio a sus dieciocho años fue cancelado. Ella no conocía la vida, ni el sexo. Fue violada reiteradas veces durante siete años, por quien la compró como a una cabra. No existía aun en Argentina Defensoría de la Mujer. Fallecido el Padre, escapó y fue a vivir con su madre y su niño de tres años. Renunció a los bienes materiales del progenitor de su hijo, ella solo deseaba desligarse de todo lo que llevara su sello. Tomó el futuro en sus manos. Estudió y trabajó, logró un título como Auxiliar de Niños Especiales. A cuarenta años, habiendo pasado mucha agua bajo los puentes, aquel hombre internado en un hospital, grave, la llamó para pedirle perdón, desconociendo que Paula lo perdonó hace mucho.

Si Don Quijote fuera mujer

Marta Arrufat Roig

Si el ingenioso hidalgo hubiera nacido mujer, no se habría encomendado a su "Dulcinea" para luchar contra gigantes. Tras varios golpes contra las aspas del molino, habría reflexionado, viendo que no hay más coloso que ella misma, y, arreglada la lanza, conversaría con su "Sancha" en una ladera para relajarse ambas. Hablarían sobre lo divino y lo humano, sin más armadura que sus manos jugando con el agua.

La ingeniosa va a corazón abierto y se expone a lanzas directas. Confía en su "Sancha", pues sabe que la coraza es costosa de mantener durante mucho tiempo con el mismo brillo que lo que se esconde debajo.

Si hubiera sido mujer, se habría creado a sí misma.

Manos Rebeldes: Luchando en el Taller de la Igualdad

Alejandro Mata Ali

En el taller de la rebeldía, las mujeres ensuciaban sus manos en el agua sucia de la desigualdad. Juntas, removían las injusticias arraigadas en el fango del sistema. Con cada chapoteo, marcaban su territorio de resistencia.

Sus manos, ásperas de batallas ganadas y perdidas, se encontraban en un puño de solidaridad. No eran manos delicadas, sino herramientas de cambio, dispuestas a romper cadenas y levantar puentes entre sus luchas comunes.

Entre risas sinceras y miradas de complicidad, compartían secretos de supervivencia en un mundo que intentaba ahogarlas. No necesitaban adornos ni discursos vacíos; su unión hablaba por sí sola, como un rugido de libertad en medio del silencio impuesto.

En el taller, aprendieron que las manos unidas son más fuertes que cualquier sistema que pretenda dividir las. Y con cada gota de agua sucia que limpiaban, trazaban el camino hacia un mañana más igualitario y auténtico.

*¡Todo comienza y todo acaba en una madre!
(¡Gracias por todo!)*

Roberto Arruñada*

De niña te marchaste del colegio a cuidar unas vacas. Una vez se te despeñó una y el susto fue tan grande que todavía hoy lo tienes en el cuerpo. Nunca supe quién pagó la vaca muerta.

De moza fuiste a Logroño a trabajar de todo aquello que pudiste sin apenas estudios. Luego lo mismo a Bilbao, donde conociste marido. Te dijeron de todo menos bonita por irte con él para conocerlo, pues opinabas que casarse sin saber cómo era, no iba contigo. Llegaron los hijos, las discusiones, verte encerrada en el desván, algún golpe, y todo para seguir trabajando, ayudando y cuidando de los demás sin parar.

De mayor pudiste comprobar que todo por lo que habías luchado al estar en la España vaciada, casa y tierras no valían nada.

Además, de las manos divinas te cayó en forma de premio final como mujer un agua arrolladora llamada demencia.

La pregunta

Raquel Arriero Ventura

Se adentró en el bosque. Muriendo ya la tarde encontró a la hechicera sentada a la orilla del arroyo. Formuló la duda que le aquejaba: ¿Cómo mantener viva la llama del amor? La mujer, acunando un poco de agua en su mano, respondió:

—Podría contenerla todo el tiempo del mundo, pero si cierro el puño el agua escapará entre mis dedos. De igual modo sucederá si relajo la mano y los dejo entreabiertos. Eso mismo pasa con el amor —explicó—, no requiere más que sostenerlo con paciencia y algo de atención. No podemos apresarlo con fuerza ni tampoco descuidarlo, solo mantenerlo en nuestras manos, acurrucarlo y protegerlo como el bien preciado y único que es. Eso sí —dijo, clavando la mirada en el muchacho—, si un día dejas de tener sed, déjalo correr libremente.

Y así, vertió el líquido de nuevo sobre el cauce del río.

Sixta

Teca*

Yo tenía diez años cuando la madre de mi abuela, cansada y usada de una vida que le había agrietado las manos y oscurecido el rostro en las labores del campo, nos dejaba.

Hoy, cuando, por inadvertencia, dejo abierto el grifo, el recuerdo de la mujer sacando agua del pozo me asalta e impulsa a cerrarlo rápidamente. Surge también la conciencia de la escasez de agua. Demasiada gente recorre aún kilómetros para conseguir unos litros.

Me gustaría crear un recuerdo colectivo para los que no conocieron a aquellas bisabuelas de pañuelo negro, ejemplo de ahorro y perseverancia, que lucharon en la invisibilidad y, gracias a las cuales, generaciones posteriores reivindicamos derechos, libertades e igualdad, y no pan; y así convertir la acción de “cerrar el grifo” en un gesto de respeto a lo que fue, de agradecimiento a lo que es y de preservación por lo que pudiera ser.

Yo ya no

Alba Moreno Sola

Sentí mientras mis manos aclaraban el jabón debajo del agua un roce en la espalda, por un instante pensé que me acariciabas con tu mano.

¡Qué idiota! fue el palo de la escoba que me rozó la espalda mientras barrías la cocina.

Toda la magia de un instante se desvaneció con algo tan banal como el roce de una escoba.

Necesitaba una caricia, un abrazo.

No supe pedírtelo, sé que me lo hubieras dado pero aprendí a callar.

Aprendí a no pedir, a no tener en cuenta lo que yo necesitaba.

Aprendí como mujer a dar y a no recibir.

Ahora lo sé, y no es tarde, no, no es tarde para pedir un abrazo, hoy estoy aprendiendo a pedir y a recibir, soy consciente que estoy rompiendo con un mandato que ha sido traspasado de generación a generación, lo que mis bisabuelas, abuelas y madre callaron, yo ya no.

La fuente de la vida

Gloria Fernández Sánchez

Antes de mi nacimiento tu matriz me sujetaba igual que dos manos, y era agua dulcísima el líquido amniótico que me hacía navegar por mil sueños.

Cuando te necesité, mujer, tus manos acariciaron las llagas de la vida. Las mismas de trabajar sin remuneración, de suavizar enfermedades ayudando a las nuevas y viejas generaciones humanas. Las que los niños buscan porque sostienen, en su humildad de falanges y tendones, la precariedad del mundo. Las que se acercan al que agoniza, antes del Gran Paso. Las que aproximan un vaso de agua al solo, al abandonado, al sediento.

Si en ti medito estalla un fontanar sin límites: el origen y cuidado de toda existencia.

Aunque ese altruismo te hunde. Pon un precio digno a lo que haces por nada, tan generosamente. Para que nadie te humille o someta, aprovechando tu prodigalidad de creadora incesante.

Regalo de Reyes

Juan Molina Guerra

El fregadero está hasta los topes de cacharros de la cena. Sobre la encimera, la canasta con la ropa lavada, todavía húmeda. He hecho el café y las tostadas y he exprimido las naranjas para el zumo. Después del desayuno, tras recoger la mesa, me he puesto a fregar, sintiendo el calor del agua en mis manos, colocando, tras secarlas, cada cosa en su sitio. Luego he subido a la azotea y he salido a la mañana de enero, al cielo encapotado, donde han dejado de danzar los estorninos. He tendido las prendas blancas, sin prisas, sosegado. He observado el cesto de las pinzas, la canasta vacía, la fragancia de la colada mecida en el viento, como banderas sin mácula...y me he sentido bien. Más tarde, de vuelta ya en la casa, mi mujer me ha mirado desde el sillón, y me ha regalado el albor de su sonrisa.

El despertar

Deusha*

Me había apoderado del hogar de esas mujeres. "No somos más que meros objetos hechos para dar placer, no tengo voz y eso no me molesta", se decían entre ellas en esas reuniones a las que sus maridos no las dejaban asistir. Cada semana eran una menos, pero ellas lo desconocían. Pensaban que el marido se habría cansado de su mujer y quién sabe qué habría sido de ella. "La cordura, la mató", dijo una. Sin embargo, las manos de ese hombre estaban impregnadas de sangre, que ni el agua más pura podría borrar. Hoy yo, el silencio, ya no existo para muchas de ellas. Prefirieron darle voz al ruido, hacerse oír entre aquellos que las mandaron callar; porque nuestro ruido es una forma de protesta, es una forma de ponernos del lado de aquellas que ya no pueden gritar.

Mujer pájaro

Alberto de Frutos

¿Qué ves tú cuando me miras? Yo, todas las mañanas, cuando me levanto, me miro en el espejo y veo a las mujeres que he sido. También a la mujer que soy ahora, madre, hija, enemiga y sierva crónica de los relojes. Pero si me acerco y me interrogo, mi cara y mis manos se multiplican, se solapan y me arrastran al torbellino de mis vidas pasadas, presentes y futuras. Que tú no las conozcas no quiere decir que no hayan existido.

Como una gaviota, he completado cuarenta y ocho órbitas alrededor de la Tierra.

Como un pavo real, he pintado sueños de flores flotando en el agua, monos y venados.

Como un avestruz africano, he cruzado las metas más remotas.

Como un loro del paraíso, he muerto, y, como un ave fénix, he resucitado cada vez que volaba en el espejo junto a todas las mujeres que he sido.

Mi papá

Concha Mora Olmedo

Papá ha dicho que me vaya a la cama, pero no puedo dormir, no he podido ni beber agua; se oyen muchas voces. Están regañando otra vez. Luego mamá llora mucho y yo la pregunto qué la pasa y ella me dice que nada, pero yo me pongo muy triste, la beso y la abrazo y ella me acaricia con sus manos. Cuando mamá llora papá la chilla más y mamá llora más; ella es mujer.

A mí también me pega papá cuando me porto mal. Coge un cinturón y me da golpes con la hebilla y me hace sangre. Pero él es mi padre y tiene que dirigirme. Dice papá que a los arbolitos pequeños hay que enderezarlos cuando son pequeños y delgados.

Ya han dejado de pelear. Ahora se oyen golpes fuertes. Ahora no se oye nada. Está todo en silencio. Hoy no he oído llorar a mamá.

La vida me enseñó a ser fuerte

Ingrid Fernández Gallardo

La venganza será mía mujer

te demostraré todo lo que puedo hacerte sin estar presente por medio de otros y tecnología con celulares radio ondas de transmisión te mataré sin tocarte un pelo y nadie sabrá que fui yo tú lo sabes pero no podrás probarlo te volveré loca no sabrás quién es para que veas lo que podemos hacer con ayuda de funcionarios policiales eso me hizo este machista me grita cosas con otras personas hace como poncio pilato se lava las manos en agua pero no bendita sino llenas de la porquería que tiene me quiero quedar con todo yo beberé el agua del maná ya verás

Cuando fui noche

Eugenia Ugarte

Me gustaría decirte que ya no veo las huellas, que ya no veo sus manos rompiéndome, que ya no soy un reducto de grietas, pero, tal vez, mentirte no sea valiente.

Constantemente busco a la niña que dibujaba nubes en la nostalgia de una casa fría. Constantemente, por las calles vacías acelero el paso, y me sorprendo corriendo, sin saber que la muerte espera en los lugares más inciertos.

Todavía veo los ojos de mi abuela clavados en mis pupilas hechas agua, y sus manos de mujer sacudiéndome el miedo cuando las caídas me hacían polvo las rodillas; porque siempre caía de rodillas, pareciendo que debía mi alma al cielo para salvarme. Las lágrimas dibujaron mi espíritu, hasta la noche.

Recogí mis prendas, presa del silencio y me despedí.

Aquella noche fue la última y de mis ojos no brotó ni una palabra.

Nadie sabía el porqué.

Solo esta carta.

Anabel

Mortymer Wilson*

Ahí de pie estaba ella, en frente de la que un día fue su casa y ahora, después de tantos meses, volvería a serlo. La casa que la vio crecer y convertirse en una mujer, ese hogar del que no hace tanto se desarraigó. Un año entero de ausencia, de vivir en otro lado, lejos, de la mano de otras personas a las que apenas conocía. Algo más de doce meses de aprendizajes, pero también de decepción, de arrepentimiento, de sentimientos encontrados. Anabel daba vueltas en su cabeza a qué fue lo que la llevó a cometer esa locura y siempre llegaba a la misma conclusión: en aquel momento necesitaba irse, salir de aquella burbuja en la que se sentía atrapada. Y ahora era el momento de reconciliarse con ella misma y con su familia, como el agua que vuelve a su cauce después de haber pasado por riachuelos nuevos.

La mujer ave

Inés Hinojo Moulin

La mujer planeta solloza. La lluvia de sus lágrimas termina confundiéndose con el agua de sus ríos, de sus lagos, de sus mares. Quiere ahogar su pena, pero ya casi no hace pie.

La mujer planeta tiembla. Su piel se abre, como para crear trincheras en las cuales esconderse. El movimiento destruye todo sobre su paso, pero los escalofríos que se apoderan de ella no bastan para sanar la fiebre que sube, sube.

La mujer planeta arde. Sus manos ya no pueden salvar lo que se ha vuelto ceniza. Solo se enfanga, atrapada en el alquitrán, forzada a contemplar las ilusiones que la terminarán por asfixiar.

La mujer planeta muere, su carcasa en carne viva expuesta a la codicia humana. Pero también sueña, y ríe, y baila. Y vuela, vuela, porque el ave canta, aunque la rama cruja.

Manos que tejen libertades

Andrea*

En el rincón más recóndito de la biblioteca universitaria, María encontró un libro olvidado. Sus manos, ávidas de conocimiento, acariciaron las páginas amarillentas. Entre letras desgastadas, descubrió la historia de Ana, una mujer cuyas manos tejían sueños de libertad en un mundo que reprimía su voz.

Emocionada, María decidió escribir su propio relato inspirado en Ana. Con cada palabra, sentía el poder de las mujeres que desafiaron convenciones y lucharon por sus derechos. Sus manos, antes temblorosas, ahora fluían con determinación sobre el teclado.

El agua de la fuente cercana susurraba secretos de rebeldía. María sonrió, sabiendo que su microrrelato sería un tributo a todas las mujeres cuyas manos desataron revoluciones silenciosas.

Al enviar su obra, María sintió un fuego ardiente de esperanza. Sabía que, aunque pequeña, su contribución resonaría en las mentes y corazones de quienes la leyeron.

Entre manos y aguas

Fátima Bendris

En el silencio de la noche, Laura se sumergió en la creación de su relato. Sus manos danzaban sobre el teclado, trazando palabras que fluían como el agua de un arroyo en primavera. Inspirada por la lucha de generaciones pasadas, su relato era un tributo a la fuerza de las mujeres.

Al enviarlo, sentía el peso de la responsabilidad y la esperanza. Sabía que cada palabra era un eco en el vasto universo digital, resonando en las mentes y corazones de quienes lo leerían. Con determinación, Laura confiaba en que su voz se uniría al coro de aquellos que desean un mundo más justo y equitativo.

En un océano

Clotilde Guisado Rodríguez

Mis manos han sido la poderosa herramienta que me ha permitido ser libre de elegir mi destino.

En el océano inmenso de mi mente llevaba tiempo navegando una idea, la de llegar a estudiar algo que me permitiera desarrollarme como persona.

Esa idea estuvo a punto de naufragar en varias ocasiones pues en mi pequeña tribu familiar ninguna mujer lo había conseguido, debido a unas circunstancias no muy favorables.

Me acostumbré a navegar a la deriva, esperando mejores vientos. Como mujer era más complicado sortear las olas pero con mi herramienta poderosa fui avanzando poco a poco por los espacios que pude.

La travesía no fue fácil y todavía sigue costando mantenerse a flote en el agua donde los barcos y las barcas siguen intentando conquistar mares cada vez más bellos y lejanos.

Sujetaré con fuerza el timón, atenta a las previsiones, para tomar el rumbo que revelen mis sueños.

Estanques inciertos

Ainhoa García Aragüés

No estoy en el presente. Buceo hasta lo más profundo del estanque de mi incertidumbre intentando buscar respuestas que jamás llegarán ¿Por qué no cesa el genocidio en Palestina? ¿Encontraré trabajo antes de que se me acabe el paro? ¿Cuándo llegará el colapso climático? ¿Y la salud mental?

De pronto, unas manos pequeñitas me tocan y una voz de mujer me despierta.

Conecto con la realidad que me rodea y recuerdo que había venido a curarme las heridas en colectividad. A trabajar la huerta juntas. A plantar las semillas que florecerán en la siguiente estación, dando como fruto la red de mujeres que me sostiene. A mojarme con el agua y crear barro con la tierra para poder jugar con las criaturas que más quiero. A construir nuevos futuros posibles.

Seguiré habitando la incertidumbre pero con una certeza por encima de todo; mis amigas son los amores de mi vida.

Manos de mariposa

Jaime Gómez Bendris

En un laboratorio universitario, Elena observaba fascinada cómo las mariposas desplegaban sus alas con gracia. Un experimento secreto había otorgado a estas criaturas la habilidad de comunicarse con las mujeres a través del tacto.

Las manos de Elena, al acariciar las delicadas alas, recibieron mensajes codificados de resistencia y empoderamiento. Inspirada por esta conexión única, Elena escribió un relato donde las mujeres, como las mariposas, desafiaban las limitaciones impuestas por la sociedad.

El agua de un acuario cercano susurraba antiguas leyendas de libertad. Al enviar su creación al certamen, Elena confiaba en que su historia, tejida con las alas de las mariposas y las manos de las mujeres, provocaría un cambio revolucionario en la perspectiva del feminismo.

Desierto

Ketileidy Díaz Cangas

El sudor cubre los cuerpos con una capa húmeda y pegajosa, mientras el sol castiga la piel al descubierto. Titánica labor emprenden seres de leyenda, al ritmo de canciones y sonrisas.

Día a día el éxito se acerca, el esfuerzo va a ser recompensado.

Un embalse lleno de agua garantiza la cosecha, la supervivencia de todos. Manos de mujer diseñaron el proyecto, otros cientos de manos sumaron voluntades para llevarlo a cabo.

El primer paso de un largo sendero estaba terminado.

Travesía

Darío Piñero Díaz

Las manos se llenan de arena sal y agua, los ojos desbordan lágrimas, el alma está vacía, mientras en la frente se acumulan recuerdos.

Huida de la opresión, la discriminación, el maltrato, camino hecho solo a fuerza de voluntad y empeño. Sueños imposibles, rotos esperan el momento de estrenar alas y volar. No es equipaje difícil de llevar pero lastra el corazón.

En este instante se funden principio y fin, llega la patana a la orilla, tocan los pies el suelo huido, empieza un nuevo recorrido mujer, descubre tu fuerza, tu poder, se dueña del presente y futuro y crece, crece hasta donde no puedan podar los sueños.

¿A ti no te ha pasado?

Carmen Calleja Mateos

Un perfil de una red social denuncia los acosos sexuales que ocurren en la ciudad. Aparece el relato de una mujer que denuncia haber sido violada por su pareja mientras dormía: “Me quedé paralizada al despertarme y sentir sus ásperas manos tocándome”.

J.S.R. Dan sus siglas para proteger los datos del supuesto agresor. “Daremos su nombre por privado”, publican. Miro a mi pareja que, acongojado, desliza su dedo, leyendo más testimonios. “¿Ella es responsable?”, me pregunta. Yo replico: “¿Nunca te han tocado el culo en la puerta de una discoteca?; ¿nunca te han mirado fijamente al salir del agua fría con la piel erizada?; ¿nunca has tenido que reivindicar tu papel en el trabajo?; ¿nunca han pasado una foto tuya por grupos de whatsapp?; ¿nunca te ha dicho una extraño que subieras a su coche?; ¿nunca has compartido tu ubicación de camino a casa? Él contesta: “No, nunca jamás.”

Reflejos de mujer

María*

En el espejo del alma, el reflejo de mujer, manos fuertes, manos suaves,
manos que saben qué hacer.

Entre las aguas del tiempo, su historia se despliega, un océano de coraje,
una melodía que no se niega.

Mujer de mil batallas, de lágrimas y risas, en cada gesto, en cada palabra,
su esencia se desliza.

Manos que moldean el mundo, con destreza y pasión,
en el fluir de la vida, encuentran su redención.

Bajo el sol de la justicia, en el río de la igualdad, manos entrelazadas,
danzan en la eternidad.

Agua que purifica, agua que da vida, en cada gota, en cada ola, su voz se
hace oída.

Así en el lienzo del tiempo, se escribe su legado, manos de mujer, manos
de fuerza, manos de amor abrazado.

En la sinfonía del universo, su melodía resuena, mujer, eterna creadora,
en cada verso, en cada escena.

Mi abuela

Dora Ramos*

Amada se levanta la primera sin aun salir el sol, prepara el desayuno para su marido y sus cinco hijos. Mujer menuda, fuerte carácter y manos nudosas. Los mayores irán a las labores del campo y los dos pequeños a pastear las cabras. Volverán a casa dentro de ocho horas. Para entonces tendrá preparada la comida, la casa limpia, los animales alimentados y habrá ido al lavadero hacer la colada. Allí cuchichea con sus convecinas. Vuelve con la ropa limpia bajo el brazo y un cántaro de agua fresca sobre la cabeza. Ellos vuelven agotados y hambrientos. Una pequeña siesta mientras Amada recoge y friega los platos. Según se levantan les va mandando a cada uno una labor, cortar leña, ir al molino, ordeñar las cabras, arreglar el tejado, etc. Nadie replica, todos aportan. En la calle en corro con otras vecinas cosen y remiendan. Las campanas tocan a muerto.

FIN

Casi siete millones de años y seguimos igual

Dora Ramos*

¿Somos lo mismo mujeres y hombres? Sí, personas.

¿Somos iguales las mujeres y los hombres? No.

Al igual que una gota de agua de río y una gota de agua de mar son lo mismo, agua, H₂O, pero no son iguales.

Ni tan siquiera son iguales la mano derecha de la izquierda en una misma persona, y no pueden realizar las mismas tareas con la misma eficacia.

¿Pueden hacer lo mismo? Por supuesto.

Ahí entra la capacidad y preparación personal de cada uno.

¿Tienen los mismos derechos? Sin duda.

Ninguna persona, y da igual de que genero se sea, debiera estar por encima de otra. Pero el ser humano es cruel, despiadado y vanidoso. Querer cambiarnos es una utopía.

¿Luchar por la igualdad de derechos entre las personas? Sí, donde no exista esa igualdad.

FIN

Raíles

Juan Lorenzo Collado Gómez

Apoyó la maleta junto al banco, bebió un poco de agua y se sentó a mirar los trenes.

Le esperaba un trabajo y un hogar en un pueblo alejado de la ciudad. Un lugar donde él nunca la encontraría, aunque supuso que tampoco tendría ningún interés en buscarla.

Dejó a su espalda las calles que habían sido una ratonera para ella.

Había cerrado la puerta de su casa y dejado a su marido durmiendo la borrachera.

No se había preocupado de coger nada más que lo que cabía en un pequeño macuto. Finalmente, apagó el fuego donde se cocinaban las lentejas que él tantas veces había utilizado para echárselas por la cabeza.

Recordó las heridas, tantas humillaciones, el miedo y miró sus manos envejecidas.

Cogió su equipaje y se dirigió al andén por donde llegaría su tren para que volviera a ser una mujer libre.

Atestados

Herminia-Paz Dionis Piquero

Esto es lo que ha declarado la mujer en la Comisaría.

Estaban ella, el director del banco y el tasador oficial en el ático en el que vivía y que iban a embargarle por no poder hacer frente a los pagos de la hipoteca.

Situados en la azotea, como discutían acaloradamente por los metros de la misma, la señora les invitó a que la midieran personalmente.

Ellos, por cuadrar las distancias, se orillaron peligrosamente en la cornisa que, por razones que ella ignora, se encontraba impregnada de una capa de aceite que debieron confundir con agua.

La pareja pisó la mancha precipitándose al vacío con la cinta métrica entre las manos, catorce pisos; lo único que quedara entero después del impacto.

Ella intentó llamar al número de socorro pero aquel director, en esa misma mañana, había anulado el saldo de su teléfono por falta de liquidez.

Demiurga

Alfonso José Prado Rey

Fue aquella mujer ancestral de cabalidad envidiable y coraje innato, quien diseñó con sus propias manos y mente y convicciones, un hermoso globo compuesto de tierra y agua, con un ecosistema perfecto que habría de albergar la vida de millones de especies. Sería su marido, sin embargo, quien, llevado por la soberbia, decidiría arrebatarle el proyecto para construirlo en apenas cinco días. Al sexto, ávido de un reconocimiento que no parecía llegar de su esposa, creó al ser humano para que le venerase. Después, se echó a descansar eternamente.

Por suerte, aquella mujer ancestral de cabalidad envidiable y coraje innato, no cesó en su empeño y, retomando su proyecto, creó con sus propias manos y mente y convicciones, otro hermoso globo de tierra y agua, con un ecosistema equilibrado en el que incluyó a seres respetuosos, cuerdos, empáticos e iguales en derechos. Y trabajó eternamente para mantenerlo así.

Sin decir agua va

María Nieves Angulo Salazar

Los primeros días se aguantaron porque era pueblo de buen conformar, pero después de una semana royendo mendrugos, el vecindario exigió explicaciones a Pepe, el ayer aprendiz y hoy nuevo gerente de la panadería. El susodicho puso el asunto en manos de la Benemérita, mas, por desgracia, el sargento lo tomó a chacota, amén de dar la razón a Barbarita, cuyas magdalenas eran infinitamente mejores que las de Pepe.

Y, mientras tanto, el horno parado y con Barbarita dentro. Reivindicaba así su derecho a hacerse cargo de un negocio en que trabajaba desde su lejana mocedad; derecho que, al traspasar el establecimiento, le negó el antiguo propietario, argumentando que una mujer carecía de aptitudes físicas e intelectuales para sacarlo adelante. Sin decir agua va ni ofrecer alternativas. Alternativas que ella sí presentaba a Pepe: renunciar o cocer juntos el pan y a ella. Total, bastante quemada estaba ya.

Beldad

Angelica Hruza Ochoa

Las mujeres son diosas por dentro y por fuera, cada una de ellas con sus problemas, sus miedos y sus verdades. Cada una con su historia, sus noches llorando, pensando y hablando consigo misma para poder, al fin, concentrarse únicamente en ella. Quererse y poder demostrar ese amor que lleva dentro de muchísimas maneras.

Mostrando los sentimientos y todos esos pensamientos y respuestas que muchas veces se tuvieron que quedar en nuestro interior; pero disponer de la confianza y al fin sacarlos demuestra esa beldad de las mujeres, que es lo más hermoso que podemos llegar a tener.

Como cuando recorremos nuestro cuerpo con nuestras manos, mirándonos en el espejo, y hasta en el agua más turbia observamos todo lo perfectas que somos, aun con nuestras inseguridades.

Admirando, además, todas esas miradas que se enfocan y se pierden solo en cada una de nosotras.

El envejecimiento

Lucía Ribadulla Nogueira

Sintió como su circulación se cortaba y su respiración dolía. Sumergirse en el agua helada detenía sus pensamientos, últimamente incontrolables, y la conectaba con una sensación natural, libre.

Alicia nunca se había considerado una mujer especial, ni valiente, ni mentirosa, ni ninguno de los múltiples adjetivos que personas desconocidas le habían impuesto desde que había denunciado a su director de tesis. Tras meses turbulentos de interrogatorios y miradas en los pasillos, se permitió refugiarse unas semanas en las playas del norte.

Cuando sus piernas comenzaron a entumecerse, volvió a su toalla. Contempló sus manos arrugadas, envejecidas por el agua. Sintió su mente arrugada del mismo modo, de forma antinatural, forzada. No eran cicatrices, porque su herida no curaba, pero su cuerpo le había dejado las marcas del recuerdo y una certeza clara: lo había hecho bien, jodidamente bien.

Retrato de familia

Sol Kliczkowski

Las tres mujeres mirando al frente. Mi abuela con la cara ladeada, como si le pesara el moño. Mi madre con el mentón altivo, como si su lugar estuviera en algún lugar lejos y la fueran a izar allí mismo. Mi abuela sonríe de lado, algo no le permite la sonrisa plena, quizás los muchos años en la mercería, reconociendo al instante las tallas de sujetador de las clientas al aparecer por la puerta. Mi madre, no sonríe, pero me abraza con sus manos eternas. Mi sonrisa en medio de las dos parece un despropósito anacrónico. Imprimí esta foto y la colgué en la pared, encarnamos una trinidad pagana guerrera.

Me veo, agradecida, en esa foto que nos mira, en estas tardes lentas como agua mansa... y en las ajetreadas, con sujetadores danzantes, con clientas exigentes que parlotean caóticas mientras subimos y bajamos tallas y colores. Esa foto es importante.

El cuidado reapropiado

Katia Oceransky Losana

María prueba el agua con el codo. Echa jabón. Revuelve a dos manos y recuerda los juegos en la bañera de su casa. Su madre cantando. Hasta que llegaba él y no cantaba más.

Suspira, se incorpora y mira a su madre: “Ya está mamá, ¿te ayudo a entrar?”

Su madre se deja, se abraza a ella y se huelen. En sus ojos, amor. Su olor ya no tiene la acidez del miedo.

María dice: “¡Ahora tú, cachorrita!”, y entre risas y besos levanta a su hija. El olor de su hija la llena y su corazón se expande. La lleva volando a los brazos de su abuela. La mira embelesada.

Pudimos. Rompimos el mandato de separarnos, de cuidar en una esclavitud solitaria.

María se mete en la bañera. Revuelve el agua pensando en cada mujer que reinventa la vida.

En cuidarse así, juntas.

Sonríe y empieza a cantar.

Agua

Maica Allo*

Silencio. Los lazos atados. Manos de piedra. Ni una palabra. Una mujer debe ser discreta en la penumbra de su habitáculo. Los muebles brillantes, limpios, blancos y puros reflejan la luz entrando por el resquicio de las persianas. Persianas pesadas escondiendo lo que la mente calla. Silencio. Manos, cuerpo, alma. Nadie escucha una voz amordazada: labios secos, garganta oprimida, sequedad de futuro. Una calandria yace muerta en el patio mientras un ruiseñor canta con henchida y gruesa garganta. Un canto anafórico exalta una mano ligada a la postrera. La educación es una mano de agua, manantial de corriente clara y alegre que siglo tras siglo hace correr al agua que hidrata los corazones secos de esperanza. ¿Acaso la calandria sonó igual al ruiseñor en su canto? ¿En su literatura? ¿En su vida cotidiana? Silencio. Que no fluya el agua. Pero el agua es libre. Libre...

Agua que avanza. Mujer resucitada.

Catwoman, mamá

Dandara Sánchez Pereira

Certeza y duda me invaden en tus manos, capaces de mover los hilos que sostienen la vida, capaces de llevar el agua hasta mi boca para apaciguar la sed en este caminar. Han intentado hacer de nuestra figura de mujer algo mártir. Yo te veo más como a *catwoman*, mamá.

Ni un pódium donde no te pueda(s) sostener ni una vitrina donde no puedas respirar.

Mira qué lejos hemos llegado, y parece que fue ayer...

Pienso en nuestra historia, evoco la de la humanidad...

Huesos, arroz

Pucheros, bizcochos, abrazos...

Lágrimas y risas

Resiliencia

Somos la resistencia ante lo impuesto desde afuera.

Capacidad de brillar aun con el fango en las rodillas, la burla en la nuca.

¡Cuánto poder en esas manos que se aferran a la vida!

Y NO soltamos...

Aunque haya cosas que se nos escapen...

Como el agua entre las manos

Y algunas vidas

en otros brazos...

La verdadera historia de Ariadna, Teseo y el Minotauro

Jesús Navarro Lahera

Hasta hace poco, la historia la escribían los hombres. Eso explica que ciertos acontecimientos llegaran distorsionados. Para todos Ariadna se enamoró perdidamente de Teseo y le regaló un ovillo de lana con el que el valeroso guerrero, tras matar al Minotauro, logró escapar del laberinto en el que vivía ese temible ser con cornamenta de toro. Lo que nunca se contó es que Teseo perdía la cabeza por los forzudos. Tampoco que ella se cansó, decidió adornar la testa de su marido con algo más que un bonito casco y se largó por ahí a disfrutar de la vida. Aunque antes, como buena mujer de recursos, ofreció a su querido esposo y a su último amante agua con un somnífero y, cuando ambos dormían, los ató de pies y manos, los llevó a un edificio en ruinas con una maraña tremenda de pasillos y los dejó allí, abrazados como tortolitos.

Libre

Sergio Martínez Méndez

Ahí estaba ella, viviendo libre, fuera de aquella cárcel llamada hogar. Sintióse libre, sin ataduras en las manos y haciendo lo más importante que hay en esta vida, vivir. Sin ser cautiva de alguien que en su día se quiso adueñar de su vida para convertirla en un infierno. En un lugar donde difícilmente se pudiera una escapar, como si invadiera en su interior una presión equivalente a la de estar en el fondo del océano, sin salida por el agua, atrapada. Para su suerte, no estaba sola; familia y amigos la ayudaron, aunque en un principio ella no veía la salida a tal laberinto. Acabó abriendo los ojos, como si de una pesadilla despertara y así logró encontrar la salida.

Al fin era una mujer libre. Atrás dejó la vida de prisionera. Al fin era dueña de ella misma.

¡Mírate!

Nuria De Pablo Blanco

Mírate. Tras esos ojos llorosos se esconden unos destellos color esmeralda que iluminan tu mirada. Retira el maquillaje corrido, fruto de tus lamentos, y desentierra, así, esas mejillas rosadas propias de tu risueña sonrisa. Tus labios, aún sin tintes, destacan por su volumen y su fulgor. ¡Suéltate el pelo! Deja que cada uno de esos finos hilos dorados adopten su forma natural y te aporten ese aspecto salvaje y atractivo, que normalmente debes esconder. Mírate, ¿te gusta lo que ves? Esa eres tú, pero ¿qué más? Fíjate en tus manos y analiza todo lo que has conseguido lograr por ti misma. Has sido agua y fuego, luz y oscuridad, peligro y seguridad, y por ello, ahora eres una mujer fuerte, valiente, bella e inteligente, y no necesitas nada ni nadie que te lo recuerde. Tú lo eres todo, así que mírate y siéntete orgullosa de lo que ves.

¿Y yo a que iba?

Montserrat Ruiz De La Fuente

Cabeza baja, manos trenzadas, apoyadas en las piernas, que en la silla descansaban, tan solo unos segundos que me encontraba sentada... Cerré la puerta de casa, apagué las luces de donde estuve. Recogí la colada que tendida estaba en la habitación cercana, doblé la ropa, (ya veremos cuando se plancha). Saqué del congelador la comida para preparar mañana. Cuencos para desayunar coloqué para dar más facilidad al madrugar. Subiendo las escaleras, unas hojas secas en el suelo, se habían desprendido de la planta que alegra el descansillo, a recogerlas, ya las tiro en la papelera que en el salón se encuentra.

¡Vaya!, la ventana sin terminar de cerrar y la luz sin apagar, y ese vaso de agua, ¿quién lo dejo acá?, allí lo pongo para mañana bajar.

-Y a todo esto ¿dónde iba yo?

Del dormitorio sale una voz que dice: ¿pero no venías ya mujer?

-Claro... ¡a descansar!

Defecto de fábrica

Nuria García González

Como mis ojos vienen defectuosos de fábrica, he comprado una linterna para bajar al trastero. Mi hija de diez años me acompañó ayer hasta ese cuartucho y se puso a revisar mis viejos cuadernos escolares.

Une las siguientes profesiones con las categorías: HOMBRE o MUJER.

Yo había trazado unas flechas: ENFERMERA__ MUJER /ARQUITECTO__
HOMBRE / DEPENDIENTA__ MUJER / FUTBOLISTA__HOMBRE

¿¡Y te pusieron 10 en el ejercicio!?! Confusa y ultrajada, mi hija siguió escrutando papelotes hasta toparse con un dictado: “Raquel, a pesar de ser chica, era rápida, por eso le permitieron participar en relevos”.

Mi hija era pura incredulidad.

El otro día confesó que quería ser pilota, mientras con sus manos se recolocaba esos preciosos ojos capaces de normalizar lo que debió ser corriente antaño.

Son ellas las que nos abren camino entre las aguas.

Le he regalado mi linterna para que siga avanzando, alumbrándonos a todos.

No

Silvia Asensio García

Conocí a Juan en una discoteca. Estaba sedienta y se ofreció a traerme un vaso de agua. Sus ojos verdes y su sonrisa me conquistaron al instante. Me sentí la mujer más afortunada del mundo cuando me cogió las manos para declararse. Era muy detallista y cariñoso. A los pocos meses nos fuimos a vivir juntos y el anuncio de mi embarazo le hizo muy feliz.

Después todo cambió: al principio fueron pequeños insultos, del tipo «quita gorda», luego vino algún empujón y más tarde cuando nació el niño, como no se le parecía, una noche me propinó tal paliza que perdí la visión en un ojo. Desde entonces me ha pedido muchas veces una segunda oportunidad, pero yo siempre le digo que no.

Perfume barato

María Isabel Lecuona González

-Déjalo en la estantería, Sara.

-No quiero, Marta, están aquí para probarlos y es lo único que pretendo.

- Todas las tardes me haces lo mismo...nos están mirando, saca las manos del bolso, nada de esto me resulta divertido. ¡Yo me voy!

- ¡Señorita! ¿Sería tan amable de seguirme?

Sara eleva la vista y comienza a sudar. Se ha quedado sola, me ve alejarme y es consciente de que los dos envases que se ha metido al bolso, hará diez minutos, van a traerle problemas... Su recurrente papel de pequeña mujer indefensa no va a servirle de nada esta vez, ya no engaña a nadie.

La observo y noto un regusto amargo en la boca. Entonces despierto y la veo dormir plácidamente a mi lado.

Me levanto a la cocina, tomo un vaso de agua y suspiro; esta vez ha sido solo un mal sueño, todo va bien, nadie puede lastimarnos.

Luna de agua

Blanca Mejía Jara

La noche crece como un globo monstruoso. Las madres del pueblo se rasgan los delantales en su camino por la negrura de la sierra, hunden sus manos en el seno vegetal, buscan luz. Las abuelas patean desde su longevidad esta tierra agujereada por la sed, por el hombre. Al otro lado está la respuesta, vaticinan, solo hay que tomar al mundo por las orejas y ponerlo del revés.

Todas han salido a gritar, ninguna mujer encerrada en su casa. Un reclamo: ¡preguntemos a nuestros hijos! Silencio. Las demás la obligan a callar. Todas han salido, sí, pero ninguna se atreve a pisar la serpiente que se muerde la cola. No hay brote que nazca ya protegido.

La noche crece, no termina de estallar. Lluve sobre el único ciprés que resiste. En el centro de una luna de agua, al fondo del pozo, flota el cuerpo, tan blanco, de la hija.

No eras tú

RC*

Eras mi hogar, mi lugar seguro. Todo cambió cuando un día tus abrazos se convirtieron en puñales, y tus besos en dolor. Yo te decía que no, pero tú, insistías.

Una vez más, te entregué todo, aun sabiendo que no lo merecías. Las cicatrices hablan del amor que te tengo, sin embargo, tú no lo veías. Luchar contra lo inolvidable hace que me acuerde de todo lo que me hacías. Una vez más, me robaste toda mi alegría. La mujer que entregó todo en manos equivocadas, se ahogaba esta vez, dejándose llevar por el curso del agua estancada.

Alicia

Rita Paulina Lecca Lozano

Alicia, es una partera tradicional que heredó de sus ancestros este don para beneficio de su comunidad, formándose también como agente comunitario y pertenece a las comunidades indígenas y rurales.

Es así como ella atiende a las parturientas en sus casas, que muchas veces por la distancia y dificultad para llegar encuentra que ya se rompió el agua de la fuente; con mucha rapidez y emoción recibe al niño o niña, quien despierta a la vida exterior llenando sus pulmones de aire, a través del llanto, al sentirse fuera de su casita que lo cobijó durante nueve meses de gestación. La mamá emocionada recibe en brazos a su bebé de manos de Alicia, su partera, quien la acompañó durante el trabajo de parto con mucha amabilidad.

Alicia es una mujer muy sabia e inteligente que cumple un rol fundamental cuidando la salud durante el proceso de gestación y parto.

Dependo de mí

Rebeca Suárez Baztán

Mis manos entumecidas y doloridas del movimiento repetitivo de cada día para seguir subsistiendo,

me recuerdan que, para poder ser una mujer independiente y estar presente en la rueda de la vida,

debo olvidar ese dolor e imaginar un trabajo que llene mi alma y pueda pagar mis facturas, sin depender absolutamente de nadie. Cae el agua del grifo suavemente por mis manos, agua fresca, que transporta y acerca mi mente más a esos anhelos. Sueño despierta.

Ella

Sara Lafuente Gil

Ella, que desde pequeña le inculcaron que la mujer tiene que estar para los demás: el marido, la casa, los hijos...

Ella, que en sus horas del día tiene que llegar a todo...

Ella, que la sociedad le obliga a estar siempre perfecta independientemente de cómo se sienta ese día...

Ella, maquillada porque si no lo hace se lo recomiendan para que su aspecto, según los demás, sea “más agradable”....

Hoy, ella se mira al espejo y llena sus manos con agua para quitarse todo el “maquillaje”, “roles”, que le imponen, y se mira al espejo y se ve una mujer.... LIBRE, BELLA Y SEGURA

La chica

Mamen Escudero Millán

No era el veterinario. Según subía por la ladera, entre la espesa niebla, vieron que era una mujer, una chiquilla enfundada en un mono de trabajo. Les saludó, se presentó y pidió permiso antes de entrar con decisión en la cuadra. Los paisanos murmuraron desconcertados un saludo, sin mucha convicción.

La grupa del semental le llegaba a la cabeza, sus manos menudas no alcanzaban a abarcar el contorno de la cola del animal. Y los presentes no parecían estar por sujetar al toro, como solían hacer, para facilitar la labor.

Cuando acabó de examinar al Chato y de tomar las muestras, salió de la cabaña. Vio entonces a una anciana que caminaba a su encuentro desde la casa, con un vaso de agua con azúcar.

–¡Para reponer fuerzas! –dijo.

No era cuestión de darle a la chica el orujo que ofrecían siempre al veterinario.

Manos entrelazadas

Rosabel Germán Galo

Las aguas tranquilas del estanque le devolvieron las huellas del tiempo reflejadas en su rostro. ¿En qué momento perdió la conciencia del paso de los años? Una nostalgia infinita la invadió. Se fijó entonces en sus manos. Ahora parecían las de su madre, o las de su abuela. Ellas le enseñaron que el esfuerzo, el ánimo por sobrevivir, por crecer, por ser capaz, eran lo que nos hacía valientes, poderosas. La bondad, el amor. Aquellas mujeres llegaron como una marea cálida, invadiéndola de su fortaleza y sabiduría. Sus manos se unieron con las suyas, formando un puente entre el pasado y el presente. Entendió que ella también era parte de esa cadena de mujeres resilientes y luchadoras. Supo, en realidad siempre lo había sabido, que sus manos podían cambiar el mundo. Y con esa certeza, se sintió capaz de enfrentar lo que viniera, sabiendo que no estaba sola.

Inventario de combate

Sorin Bilal*

Agua: líquido que brota de ojos vivos.
Beneficio: cuantificación de la vida humana.
Colectividad: [censurado]
Duermevela: espera nerviosa de su regreso.
Espíritu: cuerpo que se mira al espejo.
Fugacidad: sucesión interminable de tareas domésticas.
Grito: imposibilidad de aguantar más.
Historia: véase violencia.
Intuición: capacidad de ver dolor tras bocas que lo niegan.
Jugar: acción de la niña independientemente de su edad.
Ketamina: astrología errática de quien pasa hambre.
Lapicero: explosivo volátil.
Manos: órgano que golpea y acaricia.
Nada: contrario de utopía.
Ñapa: proceso de ir tirando.
Oración: amor no correspondido.
Política: desasosiego ligeramente esperanzado.
Quietud: privilegio.
Relato: narración en que la mujer nunca fue dicha.
Seguridad: amigas.
Tesoro: órgano que solo acaricia.
Usted: yo.
Violencia: temor del poderoso a su propia impotencia.
Whisky: huida vertical hacia abajo.
Xenofobia: afeción de la vista que asocia colores a las almas.
Yo: usted.
Zurcir: reparar el daño.

Sed de mí

Lorena Mesa López

Por el hecho de ser mujer, he nacido atrevida, he trepado montañas, he desafiado la vida y la he llevado dentro de mí.

Por el hecho de ser mujer, he roto cristales, he curado mis manos, he bebido de mí.

Por el hecho de ser mujer, he opacado mis sueños, he cuidado de mis “pequeños” y me he olvidado de mí.

Por el hecho de ser mujer, he llorado en silencio, he olvidado mis tiempos, he renunciado a mí.

Por el hecho de ser mujer, me he desangrado por dentro, he escondido todos mis defectos, me he perdido a mí.

Por el hecho de ser mujer, me he mirado al espejo, he roto todos mis complejos, he bebido de mi agua y he vuelto a vivir.

El arte de ser mujer

Lilmeery*

Bajo la luz de la luna y en compañía de las estrellas, una niña pregunta a su abuela qué es ser mujer...

La anciana acaricia su mejilla con dulzura y le responde:

“El arte de ser mujer puede compararse al agua. El agua es poderosa, fluye libremente y cuando lo necesita, arrasa con todo lo que la limita, es fuerte, supera todos los obstáculos sin perder su esencia.”

La niña toma las manos de su abuela mientras ella le dice que puede ser como el agua. Ella ríe y niega con la cabeza y le contesta:

“Quiero ser como tú”

Entre sus manos

Dama Calavera*

En un remoto pueblo donde el eco del machismo aún retumbaba en las calles empedradas, vivía María, una mujer con la determinación de un torrente, con la suavidad del agua y la fuerza de sus manos.

Era la única en el pueblo que se atrevía a desafiar los roles de género. Con sus manos ágiles, labraba la tierra y construía sueños. Sin embargo, su valentía no era bienvenida por todos. Un día, mientras caminaba hacia el pozo, un grupo de hombres la rodeó con miradas despectivas. Pero María no retrocedió. Con voz firme, les recordó que el agua que todos bebían era también obra de sus manos. Desde ese día, el pueblo aprendió a valorar el trabajo de María, y las manos de las mujeres se convirtieron en símbolo de fortaleza y resistencia, recordándoles que la igualdad no es un sueño lejano, sino un derecho que todos merecen.

El silencio que levantó la voz

Carla Rivas Royo

Me convertí en el peor de mis presagios: una mujer con las piernas tatuadas de sangre y el alma marcada para siempre. Las lágrimas, como bailarinas desenfundadas, trazaban sus senderos en mi rostro aturdido y se entremezclaban con el agua de la ducha, generando una auténtica fusión de temperaturas. Casi ni podía distinguir el contraste, ni tampoco atreví a discernir en qué momento los dedos de sus manos, fieles compañeros durante décadas, acababan de convertirse en verdugos. No era capaz de procesar esa nueva realidad, así que esperé a terminar de purificarme mientras el jabón iba borrando las atroces huellas de mis muslos. Las últimas gotas, caídas con más fuerza, parecían advertirme de la tragedia inminente. Apresuradamente, cerré el grifo y me senté en el suelo de la ducha, sintiendo la frialdad del azulejo contra mi piel. Fue entonces cuando me demostré valiente y pensé: “Esto no puede seguir así”.

Mary Poppins.2

Emul P Edmon*

Ya no trabaja de niñera. La magia de sus manos, de sus cuentos infantiles, el laberinto, las excursiones a los dibujos del parque, los vuelos sobre el agua o por los terrados y sus vetustas canciones, ya no seducen a una 'parvulada' adicta al deseo virtual, al Instagram, al Snapchat y los videoclips de Youtube.

Aún viste de negro pero, por la brecha de género, ha cambiado los rizos y el traje de sufragista por la melena rubia, los tacones y unos leggins abrigados con los que visita las agencias mendigando a la autoridad empleadora el puesto de deshollinadora ahora que con la nueva reforma laboral han despedido a Bert. Diga lo que diga el anuncio de Infojob, una mujer también puede hacerlo, insiste actualizando su perfil . ¿Igualdad? ¡Supercalifragi...leches!

Aquí estoy yo

Blacky*

Saqué un diez para decir: aquí estoy yo. Caminé hasta el examen con unas ropas cuidadosamente escogidas, todas a juego —iba preciosa— para decir: aquí estoy. Las mismas que usé cuando iba a la entrevista de mi primer trabajo y en la que tan buena impresión debí de dar que me contrataron. Fue mi manera de decir a toda la gente que me importa que aquí estoy, que sé hacer cosas y que mis logros no se van a diluir en el agua porque están bien asentados. He construido todo esto desde la inteligencia y me he valido de pies y manos para seguir remando. Lo que quiero es avanzar hacia aguas tranquilas: encontrar en mi adultez un remanso en el que superar como mujer los juicios que de niña me dolieron pero que ya no más. Cuando lo consiga diré: aquí estoy yo.

Mama (á)

Ángel Navas Rodríguez

Es tarde, y la impresora, por fin, escupe el último folio.

El bebé está con Pepa. La mujer trabaja de noche, y nos ayudamos con los hijos.

Voy al despacho del jefe que clava sus ojos en mí. Quiero preguntarle qué mira cuando, bajando la vista, lo descubro. La leche se ha escapado de las tetas. Tiro el informe sobre la mesa y salgo, parpadeando para no llorar. Cojo la mochila con el extractor, voy al baño y lo conecto. Lleno dos biberones y bebo un trago de agua. Me deslizo por la pared hasta quedarme sentada en el suelo, escondiendo la cara entre las manos mojadas...

Suena el teléfono. Es Pepa.

-¿Cómo vas?

-Estoy saliendo...

Despego la tela de la blusa de mi pecho, y soplo, aliviando el dolor.

-¿Estás bien? –pregunta Pepa.

-De mala leche -murmuro con un ligero temblor de labios, mientras la barbilla empieza a temblar...

Wiha

David García Reyes

El tiempo decanta los cuerpos. Las comisuras de los labios de Wiha eran surcos, productos del viento y el sol africanos. Sus manos, como arcilla craquelada, sostenían regularmente un precario recipiente para extraer el agua del pozo que había en medio del pueblo. Cada día, durante lo que dura una vida, el preciado líquido que brotaba de la tierra servía para que aquella mujer se ocupase de cada guiso, compartiendo el agua con sus vecinos enfermos y con los que no podían cargar peso. También con los que escapaban huyendo de la guerra y el hambre, anhelando un futuro en la promisión más allá de las montañas, en un norte lleno de brumas. Con el rumor de sus actos, Wiha era un surtidor que inundaba de luz las sombras de las paredes de adobe, un grano de arena en la clepsidra del mundo, una presencia perpetua, incólume y solidaria.

Negra y verde

Luis Gabriel David García

La jovencita kikuya plantaba con sus inocentes manos el pequeño arbolillo, mientras su progenitor la miraba embelesado. «Pide lo que tú quieras», le dijo el amoroso padre. «Estudiar igual que un hombre», respondió ella sin dudarlo.

Pasaron los años y la pequeña keniana se convirtió en la ecofeminista Mama Miti (Mamá de los árboles), y vestida con su colorido kitengue recibió el Premio Nobel de la Paz en la nórdica Oslo.

—¿Qué hará usted ahora? —le preguntaron con diplomática curiosidad algunos de los célebres presentes. Y Wangari Maathai, la mujer creadora del Green Belt Movement, respondió con la misma ilusión y decisión de su infancia: «Llenar el mundo con millones de árboles para que la naturaleza los alimente con su agua, como lo hemos hecho en África».

Y en aquella tarde volvió a brillar el sol, después de casi un mes de penumbra, en esa parte de Escandinavia.

La extinción de los misóginos

Luis Gabriel David García

Después de haber sometido, maltratado, humillado, mutilado y asesinado con sus propias manos a cada mujer durante años y años en nombre de unos supuestos valores culturales, sociales y religiosos; aquella nación de patriarcas se encontró al borde de la desaparición tras acabar con la última de sus hembras en la consumación final del “Gran feminicidio”.

Entonces quisieron emular a los romanos y llevar a cabo un rapto de sabinas entre los países vecinos con el fin de proveerse de jovencitas núbiles en edad de procrear. Sin embargo, estaban rodeados de repúblicas gobernadas por decididas damas que no dudarían en aniquilarlos con la fuerza de sus ejércitos mixtos si los misóginos traspasaban las fronteras naturales de tierra, aire o agua.

Y fue así como aquellos machos solitarios corrieron la misma suerte de otras bestias ya extintas, como el tiranosaurio rex.

Sempiterna

Sara Llanos Hijazo

Mi océano se ha reducido a todo lo tangible, la punta de mis dedos. Y mi piel es más salada que ayer y menos que mañana. Soy agua diluida y contenida en tu mirada. Tus palabras, llenas de toxinas, se expanden por las vigas de mi casa y las llamo por mi nombre, como si hubieran sido dichas por mis labios o escritas por mis manos.

Soy la metamorfosis camuflada en una crisálida humana a punto de estallar.

Cansada de ser un oleaje inerte, he arrojado todo mi menaje por la ventana y la oxitocina dilatada navega por mis arterias. Soy las voces del eco del silencio de quienes me precedieron y la voz de la mujer que habito. Creo mis palabras y me encuentro en mi pupila.

Seré sempiterna.

Mentora

Raúl Fernández García

Me tildaron de periodista intrépida por perseguir la verdad sin temor alguno, incluso de mujer temeraria por informar con integridad. A menudo en mis entrevistas soy laureada por esa valentía. Sin embargo, ¿Qué mérito tengo yo con una madre como la mía? Soy una hija de mujer “soltera”, eufemismo de abandonada o, como les nombran en su pueblo, “mujer caída”. Mi madre, amedrentada, que huyó de aquel pueblo, marcada, donde las lágrimas de muchas mujeres eran la mayor fuente de agua que corría. Trabajo día y noche porque mi destino no fuera el de otras muchas: callada, sumisa, conquistada cual tierra explotada por la ambición de los hombres.

Aquellas manos de mi madre no solo se alzaron por mi bienestar, sino como una guía hacia la libertad

Hoy cantamos frente al viento

Amaia Martínez Manso

El viento cerró mis ojos y recordé aquella leyenda que mi madre me contó:

Cuando el viento se asome a tu ventana has de juntarte junto a tu madre, tu abuela o tus amigas, porque cuando él pasa no nos quiere a ninguna viva.

Pues ya hace muchos años que aquel traicionero se llevó a cinco mujeres, mujeres que, dadas de la mano, se echaron a la montaña en busca de una compañera.

Una compañera a quien su marido pegó y una noche a la montaña expulsó.

Pero el viento malvado las encontró a ellas primero y, como antes hizo con la luna, las expulsó de nuestro cielo.

Cinco mujeres valientes murieron en aquella expedición, cinco mujeres valientes murieron pero hoy aquí estoy: frente al agua que siempre fue nuestro hogar, y con el viento a mi vera, canto por lo que soy y por las que no pudieron estar.

Manos de agua

Dama Calavera*

En un mundo donde las mujeres eran relegadas al silencio, María levantó sus manos con determinación. No eran manos débiles, sino manos que fluían como el agua, suaves pero implacables en su poder. Decidió cambiar el curso de su destino.

Con cada gota de sudor en su frente, María desafió las expectativas impuestas por la sociedad. Sus manos labraron caminos nuevos, desafiando las corrientes que intentaban detenerla.

Fue en el reflejo del agua donde vio su verdadero valor. Sus manos no solo sostenían, también creaban y sanaban. Se convirtieron en un símbolo de resistencia y esperanza para todas las mujeres que anhelaban libertad.

María entendió que el poder estaba en sus manos, en su capacidad de moldear el mundo a su imagen y semejanza. Y así, con cada acción, recordaba a todas las mujeres, que sus manos podían llevarlas más allá de lo imaginable.

Fluyendo hacia la libertad

Dama Calavera*

En la oscuridad de la noche, una mujer se acercó al río con una jarra en la mano. El agua fluía serena, reflejando la luz de la luna en su superficie. Con cada paso, sentía el peso de la historia de las mujeres que vinieron antes que ella, luchando por ser vistas y escuchadas. Con determinación, sumergió su mano en el agua fría y clara, sintiendo su fuerza y su poder.

Aquella mano, tan a menudo menospreciada, ahora se convertía en un símbolo de resistencia y libertad. La mujer levantó la jarra, sintiendo el peso del agua como una carga compartida por todas las mujeres que vinieron antes que ella.

Y en ese momento, comprendió que, así como el agua fluye y moldea la tierra, las mujeres también tienen el poder de dar forma a su propio destino.

La fuerza del caudal

Dama Calavera*

En el rincón más profundo de la selva, habitaba una mujer cuyo espíritu fluía como el agua. Con cada paso, dejaba huellas de fortaleza y valentía. Un día, mientras lavaba su ropa en el río, sus manos se encontraron con la corriente del destino. Sintió el poder del agua que corría entre sus dedos y supo que era el reflejo de su propia determinación.

Aquella mujer, con su mano firme y su corazón indomable, desafió las creencias que intentaban contenerla. Se convirtió en un torrente imparable, arrastrando consigo los obstáculos que se interponían en su camino hacia la igualdad. En cada ola, en cada gota, llevaba consigo el mensaje de la libertad y el empoderamiento femenino. Su nombre se convirtió en sinónimo de esperanza, su presencia en un manantial de cambio.

Final

Tessa Avalon*

La mujer que mi nombre escondía se hallaba rota en mil pedazos. Las manos que otrora fueron limpias, estaban ahora cansadas y sin fuerzas. Como un torrente de agua que se escabulle entre los dedos, no veía ante mí ningún futuro. Las llagas en mi cuerpo, mi mente y hasta mi alma dejaban un dolor inmenso que tal vez no podría soportar por más tiempo. ¿Tenía un verdadero destino? ¿O sufriría la pérdida una vez más? Como una puerta que se abría y se cerraba de golpe, aplastándome contra el duro cristal, así se me mostraba la realidad, angosta, fingida, sin redención.

¿Cuál fue mi culpa para tal tormento? En mi cabeza resonaba una y otra vez que no había perdón, que no había salida, que ningún encuentro iba a ser tan sublime como aquel primero. Y único. Con un golpe certero, mis ojos se cerraron por última vez.

Adelante

Tessa Avalon*

Introducir mis manos en el agua helada supuso un cambio en todo mi ser. Un torrente de emociones, que hasta ahora no había experimentado, hizo que me sintiera MUJER, con todas sus letras. Por fin era libre, por fin podía respirar, vivir, florecer. Me sentía como un animal que, después de un largo encierro, conoce el mundo. No iba a mirar atrás, tan sólo debía creer. El contacto de los rayos del sol en mi piel oscura hacía que por primera vez no me sintiera diferente. Era como si perteneciera a un todo, a algo más completo que no sólo me englobara a mí y mis circunstancias. Era...el sabor y el olor del triunfo, que iba a acompañarme allá donde dirigiera mis pasos. No había estado tan segura de nada en toda mi vida. Era el momento. Era mi momento.

Marea de cambio

María A. Bretos

La joven se detuvo en el borde del acantilado, donde el viento agitaba su cabello como las olas del mar. En sus manos, sostenía una botella de cristal. Dentro, un mensaje: "Libérate".

Miró hacia abajo.

Sus pensamientos recorrían su mente, como las corrientes de agua que se disipaban en el horizonte. Su voz junto con la de todas las mujeres, había quedado silenciada. Necesitaba ser liberada.

Con un grito, arrojó la botella al abismo.

El vidrio se rompió liberando el mensaje, el papel se dispersó con la ayuda del viento formando pequeñas semillas blancas y las olas las sembraron en la inmensidad del océano.

Ya no estaba sola. Era una gota de agua que iba a germinar en una gran marea. La lucha contra cada ola injusta, jamás se detendría.

Todas formaban un torrente imparable.

Lo que ni la demencia borra

Libre Enheduanna*

La mujer de la toquilla morada y la piel surcada por riachuelos de arrugas se sentaba, sola, todos los días en el banco rojo del Parque de los Sentidos. Si pasabas a su lado la escuchabas murmurar: ¡Ayuda!

Un día, intrigada, le cogí las manos y le pregunté: ¿Qué necesitas?

Me contó que era hija del pecado de los hombres que violaron a su madre en aquella guerra. Me pidió que le trajera un cubo de agua bendita para que pudiera limpiarse el cuerpo del veneno heredado. La abracé con fuerza. Eres inocente, le dije.

Sus ojos perdidos en un mundo pasado me miraron. Y con una sonrisa como si se hubiera liberado de una pesada maldición me preguntó: ¿Eres un ángel?

El sueño

María Armas Otero

Cuando la alarma del móvil sonó, Laura llevaba despierta un buen rato.

Ese era el día, hacía meses que trabajaba preparándose física y mentalmente para conseguir su objetivo, aquel que ya había visto de cerca y no hacía mucho que se le había escapado de las manos... Tenía otra oportunidad que no podía desaprovechar para lograr convertirse en la primera mujer bombera de La Rioja.

Puntualmente llegó al lugar de pruebas.

La temperatura no acompañaba y el viento y el agua iban a ponérselo más difícil.

La tensión se palpaba en el ambiente, nervios, dudas. Ejercicio tras ejercicio, el cansancio iba en aumento al igual que la satisfacción de sentirse fuerte, de ver como su cuerpo iba respondiendo y terminando todo en tiempo.

Al final de la mañana supieron el veredicto; emoción desbordada y sueño cumplido.

En el rincón más íntimo...

Mikie*

En el rincón más íntimo de la memoria, María encontró un manantial de historias por contar. Con manos temblorosas, tejió palabras que fluían como arroyos cristalinos. Cada letra era un eco de lucha y esperanza, resonando en el corazón de quien las escuchara. Mujer valiente, desafiando corrientes de prejuicio y desigualdad, su voz era un torrente de cambio. Entre lágrimas y sonrisas, escribió sobre el poder del agua que moldea la tierra, igual que ella moldeaba su destino. En su relato, cada gota era un susurro de libertad, cada ola un grito de justicia. Y así, con su pluma como pincel y su alma como lienzo, María pintó un mundo donde todas las mujeres navegan libres, surcando océanos de posibilidades.

Miradas

Patricia Collazo González

Mi abuela era una mujer enjuta de manos gráciles y grandes gafas de pasta negra y cristales opacos. Jamás había algo fuera de lugar en su casa, ni una mota de polvo descontrolada, ni una comida a deshora. Sin embargo, al abuelo le gustaba gritarle cosas como “Tráeme un vaso de agua ya”. Solo se quitaba las gafas cuando el abuelo no estaba y mamá le decía: “No puede ser. Estás mayor para seguir sirviéndolo...” Entonces se encogía de hombros y decía que hay cosas que nunca cambian. Pero cuando pasaba un rato sin ellas los ojos le brillaban con un tono inaudito. Hizo falta que muriera el abuelo para que las fuera dejando día sí, día no, sobre la mesilla de noche, y que finalmente se animara a vivir sin ellas. Nunca es tarde, dice mi madre. Y a mí me parece que las dos tienen unos ojos preciosos.

Ella

Estefanía Pereiro Álvarez

En lo profundo del bosque, una mujer se arrodilla junto a un manantial oculto. Sus manos, curtidas por el trabajo y marcadas por la lucha, acarician el agua cristalina con reverencia. Para ella, el agua es más que un recurso vital; es la esencia misma de la vida y la conexión con la tierra que la rodea.

Mientras observa cómo el agua fluye entre sus dedos, la mujer reflexiona sobre el poder de la feminidad en la naturaleza. Reconoce la fuerza silenciosa que fluye a través de cada río y arroyo, recordándole su propia resistencia y perseverancia.

En ese lugar apartado del mundo, la mujer encuentra una paz que rara vez se encuentra en la sociedad. Aquí, entre los árboles y el agua, se siente libre para ser quien realmente es: una guerrera, una sanadora, una protectora de la tierra y de aquellos que la habitan.

Azúcar en la herida

Pablo Sariego Rodríguez

Amanece. Hoy es un viejo día.

Mis manos se aferran con fuerza a la cafetera.

Consigo abrirla. La relleno de agua.

Minutos después, un intenso olor impregna la casa.

Mi rostro es una triste figura. Recuerdo cuando el aroma del amor de aquella mujer que fui, se mezclaba con el del café, corriendo libre como un chiquillo travieso.

Escucho un ruido en la habitación. Tiritan mis labios.

Ojeo con ansiedad las noticias en el móvil. ¡Dios mío! Una más..., otra más.

Oigo sus pasos. Se acerca.

Ayer fue un día difícil para él, pero eso no lo justifica. También lo fue para mí.

Disimulo. Abro la ventana. La calle está mojada. Un potente viento esparce las nubes. Inspiro profundamente.

Preparo dos tazas y el azúcar.

Él entra, cabizbajo, en la cocina.

- Hola, ¿hoy que harás?

- ¿Hoy...? He decidido unirme al viento, para borrar los nubarrones de mi mente.

Triple AAA

Luska*

El agua templada con esencias marinas aviva el deseo durante años dormido.

Las manos inquietas acarician su sexo y susurra palabras cargadas de sensual erotismo. La mujer arquea su espalda desnuda mientras lo toca excitada. Está duro, erecto. Ansiosa lo acerca a su cuerpo octogenario dejando que entre, explore, que dispare una lluvia de estrellas.

No se mueve como ella esperaba. De nuevo, se ha quedado sin pilas.

Sonrisa forzada

M^a Ángeles Soler Aguilar

Es una mujer joven y guapa. Con amplia sonrisa, dice:

-- Mario, espera... todavía me falta un poco.

Él, responde: -- Julia, por favor, salgamos ya.

Julia recorre la casa. Cuando llega al dormitorio, su semblante cambia, se le escapan unas lágrimas. Ve su imagen reflejada en el espejo del armario, se coloca el suéter; le queda demasiado amplio. Se levanta una manga de la blusa y comprueba que el catéter está bien sujeto. Respira hondo. Pasa suavemente sus manos por la cara. Coge unas tijeras y con decisión corta su trenza que medio-esconde en el cajón de su coqueta.

Se coloca un bonito pañuelo en la cabeza.

Saca del frigorífico la botellita del agua y la guarda en su bandolera. También introduce el móvil y un libro.

Ya en la calle, mira sonriente a Mario y exclama:

¡A ver qué tal me va en mi primera sesión!

Un abisinio

M^a Ángeles Soler Aguilar

Hoy te he ido a ver como siempre que puedo.

Soy como cualquier mujer que va a estar un rato con su hija que está interna en un colegio... Pero al contrario.

Me recibes sonriente. Me preguntas que qué te he llevado y yo te he dicho: mira, te traigo lo que más te gusta "un abisinio".

Te llevo al jardín. Allí nos sentamos en un banco. Te doy el pastel que comes saboreándolo y bebes un sorbito de agua. A continuación, te miro y te nombro: ¡mamá! y tú ya sabes: me acercas tus manos que acaricio, te pongo crema, te doy masajes, te estiro los dedos... Al final, todo se convierte en un revoltijo de manos que juegan, ojos risueños, miradas cómplices...

Te pongo el brazo para que me enhebres e iniciamos el paseo.

Después me miras con extrañeza y exclamas:

--Pero... ¿hoy no me has traído nada?

Renacer

Ludin Santana

Con una cubeta de agua fría Altagracia baña su cuerpo envejecido y cansado en una isla del Caribe, mientras en otra del mar Mediterráneo, Lourdes deja acariciar su espalda y músculos contraídos bajo una ducha caliente. Ambas lastimadas y abrumadas por los pensamientos recurrentes de dolor, las desigualdades laborales, la incompreensión familiar y la soledad de sus almas. Más de 8 mil kilómetros de distancia y dos décadas separan a madre e hija, cada una tratando de escribir con sus decisiones la mejor versión de la historia de sus vidas, denunciando constantemente manos y mentes opresoras, reponiéndose de las caídas y renaciendo como mujeres valientes, cuantas veces se precise necesario.

Amor propio

Pedro Peinado Galisteo

Un día más, la mujer deshace los nudos de su pecho y se abre el corazón. Como las relaciones superficiales de la membrana externa siempre le dejan las manos pringosas, se lava con agua y alcohol antes de acceder a capas más profundas. Primero encuentra a la amiga de la infancia, ya de por sí desprendida. Le salen al paso, unidos con mayor ahínco, los sobrinos, el perro, su marido cuando la trataba con amor. Sin detenerse, atraviesa el territorio algodonoso del padre, las rígidas coordenadas maternas. Por fin, al traspasar la adherencia terca de cada uno de sus hijos, visualiza el objetivo. Mediante un corte milimétrico los separa a todos de allí. Y antes de volver a coserlos con firmeza renovada, reemplaza en lo más hondo la imagen que tiene de sí misma por una intacta.

Tragedia en tres actos

Sergio Capitán Herraiz

Mujer naciste, y desde entonces te cuelga un sambenito que pone aún más cuesta arriba cosas ya de por sí difíciles. La desigualdad te persigue en los estudios, el deporte o en tu trabajo, por nombrar sólo algunos. Y si lo aderezas con la raza y la clase social, este impacto se multiplica.

Manos siempre arriba y peleando. Como reza un proverbio africano: “Si las mujeres bajaran los brazos, el cielo se caería”. Manos que se ofrecen para ayudar, para cuidar y para que siempre tengas un puente tendido.

Agua, bien escaso que ellas acarrear. De repente llueve, y todo se purifica y se diluyen las tristezas, como en “Ensayo sobre la ceguera”.

Baja el telón. Aplausos. El público, pensativo, abandona el teatro. Nieva y en la acera se dibujan cientos de pisadas. Como dice otro proverbio africano: “Las huellas de las personas que caminaron juntas nunca se borran”.

Entre la lluvia y las esposas

Sofía Moreno Domínguez

Más allá de mi pecera el agua se convierte en lluvia. Dos parejas me recuerdan que el amor es un endriago polifacético. El mío siempre ha sido lucha y derrota, como los cardos afilados que pueblan un campo abandonado o una pradera barrida por el viento, donde las brisas convierten en gélido el tacto. Hoy, mientras tus manos se convierten por fin en esposas y apresan, puedo sentir ese frío metálico como un recordatorio tangible de la libertad que se sacrifica en nombre del compromiso. Hoy, por fin, te aferras a la mujer que ha elegido caminar a tu lado sin ataduras, esperando que algún día entienda que la verdadera firmeza es libre. Tal y como aprendí yo al soltarte.

Manos sucias

Sonia Corral Franco

El sonido de la cremallera de la bragueta cerrándose, y el posterior chirrido que produjo la puerta del baño al salir su jefe, la devolvieron a la realidad. Tambaleándose, se dirigió al lavabo e introdujo sus manos bajo el humeante chorro de agua caliente. Presionó el dispensador de jabón y esparció una ingente cantidad sobre sus temblorosas manos, a la vez que recogía la espuma resultante y se la llevaba a la boca, tratando de limpiarla. Frotó enérgicamente sus dientes, su lengua, sus labios... sintiéndose sucia.

Las lágrimas pugnaban por inundar sus ojos. Pero debía ser fuerte. ¡Necesitaba ese trabajo, se merecía ese puesto! Todavía debía devolver el préstamo que había solicitado para cursar el Máster.

Resignada, se permitió llorar, mientras asumía que ese era el precio que debía pagar por ser una mujer en un mundo creado por hombres y para hombres.

De vuelta a casa

Ignacio Aguirre Herce

Abandono el bullicio nocturno y alguna que otra mirada beoda por el camino. Parece que hoy a esta mujer le toca volver sola. Entre las aceras vacías un coche cruza la calle y aplasta un vaso sobre un pegajoso charco de agua tintada, que fue un cubata. El crujido plastificado me sobresalta y me sorprende de mis propios nervios. Joder, estoy asustada e intento calmarme con el tacto del hierro. No las encuentro por culpa de los movimientos espasmódicos de mis manos. Ahí están, como siempre, las llaves en el fondo del bolso. Las empuño con el llavero engarzado al pulgar. Las empuño con tal fuerza que me duele la palma, al escuchar un balbuceo acompañado por erráticas zancadas que suenan a mi espalda. ¿Mantener la calma, acelerar o mirar atrás? No me importa encontrar la opción correcta, solo quiero llegar a casa.

Marchó

D. G.*

No iba ser un día cualquiera. Iba a ser el día más importante de su vida. Sin embargo, nada podía hacer pensar que, al encender el ordenador como todas las mañanas, su vida, como una peonza, fuese a girar sobre sí misma.

Se miró, de repente, las manos sobre el blanco teclado y lo que vio no fue el movimiento acompasado de sus dedos morenos por el sol de verano, ese viejo sol que le ha acompañado toda su vida. Lo que observó fue que la vida se le marchaba como el agua de un río que fluye sin detenerse. Era fuerte, una mujer curtida por la vida que te da pocas segundas oportunidades.

Entonces, se levantó, cogió su bolso y salió del edificio sin mirar atrás, sin hablar con nadie y con la firme decisión de empezar a saborear cada uno de sus días como si fuese el último.

Decisión

Carmen Acosta Suárez

«Aquello ya era costumbre para muchas. Una maldita realidad que, año tras año, tomaba forma y se consolidaba en una sociedad de manos dictantes con mentes subyugadas a ellas.

Finalmente, la aceptación. ¿Qué quedaba entonces, si no?

“La columna de la mujer”, “Sección femenina”, “dignificación moral”, y así, un largo etcétera.

La dichosa subordinación del segundo sexo.

Para más inri, el pánico. Miedo a las sombras que se ocultan en un portal. A la multitud. A la noche.

A dejar de ser dueñas de la imagen que nos retrata en el espejo. Pero sobre todo miedo al olvido. A que este terror sea desterrado a una corriente de agua que desemboque en un mar de abandono.»

Clara cerró el libro, quedando su mirada fija en el infinito.

Ya era hora de cambiar las cosas.

Solo vendemos producto artesanal

Paula Salgado Torres

En el barro sumerges las manos, fundiendo tus dedos en el lodo hasta llegar al núcleo, el punto exacto que te permite alcanzar el ansiado sujeto. Estiras, retuerces, deformas la masa con aspiraciones de construir la mujer. Para moldearme a tus ideales, siempre a tu imagen y semejanza, doy un paso adelante para dar dos atrás. Desde su perspectiva solo ve otra musa: no soy más que objeto. Que luego calientas con rosas y palabras porque el cariño siempre viene tras la herida.

Imposible de atrapar por mi gélido temperamento, me escurro como el agua con tu fútil rozadura. Y evito limpiar el vaho del cristal porque nunca fui tu reflejo.

El zarandeo

Amanda Leila Pedreira

Soledad tiene la piel del color del bronce, si profundizamos descubriremos que esto se debe a que tiene redes de pesca a las orillas del puerto. Ella tiene las manos gastadas de tanto tejer su salario y su pensamiento.

Soledad tiene seis hijos varones y un marido desaparecido en el mar.

Todas las mañanas se dirige a la oficina de la policía para preguntar por ese hombre perdido, que con su pérdida le recordó que era mujer, y todos los días vuelve sin respuestas de la policía y con certezas de sí misma.

- ¿A dónde vas, Soledad?

Le preguntan sus vecinos .

- Iba a recordarlo a él, ahora vuelvo a estar conmigo.

Responde ella, con su cesta de redes gastadas por el agua, sus faldas y sus caracolas en el pelo.

Los hombres no lloran

Cristina Rodríguez Mardones

Cuando escuché la frase: "Los hombres no lloran" pensé que no tenían lágrimas. En casa sólo llorábamos mamá y yo. Ella se tapaba la cara con las manos para que no la viera. Yo sollozaba cuando tenía que dejar de ver la tele para ayudarla en la cocina, mientras papá y mi hermano seguían en el sofá; cuando me apuntaron a ballet en vez de al fútbol porque jugar al balón era de chicasos...

Al hacerme mayor, lloré cuando me dijeron que no podía estudiar química, no era cosa de chicas, cuando supe que en mi trabajo, las mujeres ganábamos menos que los hombres en el mismo puesto...

Después de llorar, bebía un gran vaso de agua para llenar el depósito que cada mujer tenía en algún rincón del cuerpo de donde salían las lágrimas.

Los hombres no lloraban, no tenían motivos. A las mujeres, nos sobaban.

Bailar

Irene Solís Hernández

Hace tiempo que habíamos hecho aquel trato. Tú no acabarías conmigo si yo no trataba de escapar. Y poco a poco, había ido acostumbrándome a esta situación.

Hoy era un día más dentro de aquella habitación, tú te encontrabas distraída divagando y revolviendo entre montones de ideas y teorías sobre cómo continuar con aquel secuestro, y me perdiste un rato de vista. Ese instante de libertad fue suficiente para que una idea surgiera en mi cabeza. Bailar. Me concentré en ese momento. Bailar. El ritmo, las pulsaciones acelerándose, el cuerpo, el vuelo de mis manos, sentirme mujer, la conexión con mi cuerpo; cómo la echaba de menos. De repente te giraste, como aquel que oye su nombre en mitad de un montón de gente y busca quien pueda estar hablando de él. “No te atreverás”.

La presa reventó, y el agua corrió salvaje.

Bailar.

Fin del trato.

Escapé.

Náuseas

Sara García López

El agua caía lentamente de la alcachofa mientras Lucía se frotaba frenéticamente la piel. Siempre había sido amante de las duchas, le parecían la solución perfecta para dejar los agobios a un lado y terminar por todo lo alto un día duro de trabajo, rebosando de alegría y pulcritud. Pero esta ducha no estaba cumpliendo con su función. El agua parecía no querer limpiarla y Lucía, frustrada, se restregaba cada vez con más fuerza, dejando ronchas a su paso, en un intento fallido de olvidar lo ocurrido unas horas atrás. Aún puede sentir aquellas manos sobre su cuerpo y siente náuseas al recordar ese sucio aliento que le susurró al oído palabras que prefiere no recordar. En ese frenesí de pensamientos, sus piernas parecen ceder y cae de rodillas al suelo, sollozando y lamentándose por haber nacido mujer en un mundo que debe compartir con este tipo de hombres.

Transitar

Eliana Soza Martínez

El líquido hirió mi cuerpo como miles de agujas a su contacto. De pronto, tras una luz que atravesó el agua, me recibió agradable, igual a un colchón mullido. La humedad acariciaba mi piel y limpiaba las heridas sangrantes, mitigando el dolor hasta desaparecer por completo. Perder el peso y flotar era delicioso, incluso las amarras de manos y pies se soltaron y la libertad se apoderó de mi ser. Ya no sentía frío ni miedo. Me dejé llevar con la corriente, vi el cielo cambiar de colores y las ramas de los árboles me saludaban alegres. Estaba tan cómoda que me hubiera quedado para siempre así. Ese siempre me hizo ser consciente de que el tiempo no era el mismo, yo no era la misma mujer que tomó aquel taxi, anoche después de la fiesta. Esperaba que este viaje, al final, me llevara junto a las personas que amo.

Semillas de sabiduría

Naiara Sánchez Inda

En una aldea africana donde el agua era vida, vivía Amina. Mujer de manos diestras y corazón generoso, Amina anhelaba que todas las niñas de su comunidad tuvieran acceso a la educación.

Cada día, mientras transportaba agua del pozo hasta su hogar, observaba a las jóvenes que se quedaban en casa. Decidida a cambiar esta realidad, enseñó a las niñas a leer y escribir en secreto. Pero no le pareció suficiente. Reunió a todas las madres y con voces que clamaban justicia marcharon hasta la escuela, exigiendo que se abrieran las puertas a todas las estudiantes. A pesar de la opresión recibida, lograron persuadir a los líderes de la aldea y las niñas fueron admitidas en la escuela. Amina y sus compañeras demostraron que el conocimiento es el camino hacia la libertad y que ninguna niña debe ser privada de esta oportunidad por ser mujer.

Las Raíces de la Libertad

Kate Miller*

En las montañas de Afganistán, donde el río serpenteaba entre los valles, vivía Sahar. Mujer de manos laboriosas y corazón valiente, Sahar soñaba con un futuro donde las mujeres pudieran elegir su propio destino. En medio de la opresión y la restricción, Sahar se unió a un grupo clandestino de mujeres que, con manos temblorosas pero decididas, se reunían a escondidas para discutir sobre los derechos de género. Aprendieron a leer y escribir en secreto, utilizando el agua del río como tinta y las rocas como pizarras. Un día, su grupo decidió desafiar las normas y organizaron una manifestación pacífica. Con el sonido del río como su eco, marcharon por las calles exigiendo igualdad y libertad para todas las mujeres.

Aunque enfrentaron la adversidad, Sahar y sus compañeras plantaron las semillas de la esperanza, creyendo que un día, como agua que fluye incesante, la libertad también llegaría a sus vidas.

En la ribera del río Najerilla

Raquel Martínez Morán

En la ribera del río Najerilla, donde el agua fluía libremente, una mujer mayor de manos ágiles tejía sueños de libertad. Sus sueños danzaban sobre la lana como la corriente del río, tejían historias de valentía, coraje, superación y resistencia. En cada puntada, tejía la voz de las mujeres silenciadas, las que lucharon con manos y piernas temblorosas, pero con corazones fuertes. El agua que corría bajo el puente llevaba consigo sus susurros de esperanza, sus anhelos de igualdad.

La mujer, con su mirada firme, era como un río imparable, erosionando las barreras impuestas por una sociedad injusta y desafiante. Sus manos, fuertes y a la vez precisas, más poderosas que cualquier arma, labraban un cambio hacia un nuevo mundo donde cada mujer pudiera fluir libremente como el agua, sin obstáculos ni limitaciones. En cada madeja de hilo, se entretejía el poder transformador de una lucha que nunca se detendría.

El fin

Diego Carretero Román

El agua caliente quemaba sus manos, y Laura las frotaba frenéticamente con jabón para limpiarlas de sangre. De la sangre de su excuñado. La imagen de su cuerpo sin vida tirado en el suelo del salón monopolizaba sus sentidos. Sólo se percató de la presencia de su hermana, Ana, cuando le juntó las manos dentro de la suya, mientras con la otra templaba el agua para aliviar las de su hermana, casi quemadas. Laura no era capaz de moverse. Ana cerró el grifo y le envolvió las manos con una toalla y las suyas propias, y apoyó la cabeza en su hombro.

“Llama a la policía”, le dijo Ana. “Llama, y di que has visto a tu hermana matar a su exmarido...”

No era la primera vez que se saltaba la orden de alejamiento de “su” mujer.

“Ya no volverá a hacerlo”, susurró, con el débil aliento que consiguió reunir.

Aliadas

Vicente Sancho*

Hallábase una mujer en medio del campo. Un río parloteaba a su lado. Le prestó atención:

—Mujer, mete tus manos en mis aguas. Me las llevaré y podrán tocar todas las cosas de este mundo.

—¿Podrán tocar la justicia?

—Podrán si son pacientes y esperan.

—¿Podrán tocar la libertad?

—Podrán; pero habrán de ser sumisas y complacientes.

—¿Podrán tocar la igualdad?

—Tal vez; aunque no te garantizo cuándo.

—Entonces no se irán contigo. Yo misma haré que mis manos luchen desde ahora mismo por todo aquello que es justo e igualitario para todos.

Aquella noche la mujer soñó que ella y su hija derribaban con la fuerza de sus manos un grueso muro que impedía su paso.

Al despertar y ver a su hija, no pudo reprimir la sensación de estar viendo a una aliada.

¡A comer!

Nuria López García

Ahora que veo el agua del grifo correr, entiendo a qué se refería Heráclito cuando decía que nunca te bañarás dos veces en el mismo río. Estoy en el punto exacto donde solía lavarme las manos cada vez que mi abuela anunciaba que la comida estaba lista, una rutina que caracterizó mi infancia. Sin embargo, han pasado muchos años desde entonces y las cosas han cambiado. Yo desde luego que no soy la misma, pero me resulta irónico ver que ni siquiera el grifo lo es, porque mis padres decidieron reformar el piso antes de venderlo. Ya no se han vuelto a repetir las paellas de los domingos, y desde que se fue la mujer que lo sustentaba todo, nos hemos ido alejando unos de otros.

El mundo que les negaron

RTZ*

Llegué llena de ilusiones y nuevos proyectos propios, lista para comerme mi mundo. Y allí la volví a ver, a esa mujer a la que yo llamaba abuela; metiendo sus cansadas manos en el agua helada del lavadero, para frotar una vez más. Porque eso era lo único que le habían enseñado a hacer. Porque eso era lo único a lo que le dijeron que podía aspirar. Porque no todas pudieron tener un mundo que comerse.

Figuritas de barro

Rocío del Campo Pedrosa

Se acerca el día del Padre y el regalo será una figura de barro hecha con nuestras propias manos. Vamos al taller de los alumnos mayores; hay arcilla, agua, hilo, rodillos y otros utensilios que no sé cómo se llaman, pero parecen fáciles de usar. La maestra nos explica cómo debemos moldear el barro para darle forma de persona.

Todos los niños se representan a sí mismos con sus papás; algunos, caminando; otros, sentados; y la mayoría, jugando al fútbol. José y yo somos los raros de la clase porque nuestras esculturas tienen silueta de mujer. José se ha moldeado solo junto a su mamá, porque él no conoció a su papá. Aunque los niños de clase solo se ríen de mí, dicen que las chicas no entendemos de arte, que no sabemos hacer figuritas ni manualidades. Se burlan, pero yo solo intentaba encarnar a mis dos mamás.

La primera mujer

Josefina Solano Maldonado

El primer ser vivo que apareció sobre la tierra fue una mujer. Miró a su alrededor y se percató de que estaba en un sitio desolado, asimétrico, cubierto de una luz tristísima. Tocaba con las manos todo lo que iba encontrando, sentía el tacto de las cosas secas e inacabadas. La tierra no podía ser ese desierto que amontonaba vacío, niebla y grisura. Se tumbó en el suelo, se quedó dormida y tuvo el primer sueño del mundo. Asaltados sus párpados por un temblor levísimo, alcanzó todos los colores, las formas, los perfumes, el agua, la lluvia, los árboles, los animales, y todas las palabras de otros seres humanos. Construyó un lugar hermoso y absoluto, un lugar acabado y fecundo. Al alba, despertó a orillas del mar en un mundo ya soñado. Todo podía ya ser amado, nombrado y comprendido con el fervor enorme de la esperanza.

Diario de una mujer manos-preciada

Paula de la Torre Gutiérrez

Tenías unas manos preciosas. Recuerdo su firmeza, su calor, al estrecharlas aquel primer día. Poco después, aquellas manos recorrían mi cuerpo, reclamándome como tu mujer. Tus dedos me acariciaban, prometiendo que contigo sería diferente.

Por eso lo dejé pasar la primera vez. Tan sólo fue un fatídico accidente: yo, con mi torpeza, derramé el vaso de agua sobre aquellos papeles tan importantes, esos que podrían habernos dado una casa mejor. Tus manos no pudieron soportarlo; actuaron solas. Pero el dolor fue momentáneo, y tus caricias, pensé, me reconfortarían toda la vida.

Hoy me ha sobrevenido un terrible malestar, sin saber por qué. Quizá por haberte molestado, rompiendo nuestra temporal armonía. Quizá... Entonces, experimenté un profundo cansancio. Estaba harta, harta de ocultar moratones, de justificarte, de culparme, de seguir contigo. Sumida en dolor, mi única certeza es que me equivoqué. Tus manos no son bonitas. Y no las quiero sobre mí.

Reflejo

Aitziber De Miguel Goñi

Los niños en la escuela, el marido trabajando, y la mujer... La mujer permanecía inmóvil con las manos agrietadas, con heridas en las piernas y con gotas de esfuerzo deslizándose por sus mejillas. Contemplaba en aquel hogar sin vida un cubo que se había llevado todas sus energías, pero pese a todo no pudo evitar sonreír. Se acercó aceleradamente para observar el agua que llevaba en él, donde solo se veía el reflejo del único momento de paz donde todas las mujeres se reunían y comentaban las vidas que una vez quisieron tener.

Mujeres de agua

Carmen Arsema Pérez Hernández

Esete comenzó a contar sus pasos en cuanto salió de casa. Tenía siete kilómetros hasta el pozo más cercano. No era la primera vez que iba, su madre ya la había acompañado varias veces para enseñarle el recorrido, pero esta sería la primera vez que se aventuraba a ir sola. Sostuvo el bidón en la cabeza con una de sus manos, consciente de su responsabilidad. 'El agua es vida', le había aleccionado su padre. Pero para Esete, al igual que para su madre y para la suya antes que ella, el agua también tenía otros significados. Esete había dejado de ir al colegio para ir a por ella cada día. 'El agua es desigualdad', pensó. Esa noche, cuando Esete no llegó a casa, su madre se entristeció, pero no se sorprendió. Ella sabía, al igual que cualquier otra mujer de la aldea, que allí el agua era dolor y muerte.

Umbral

Julia López García

Estoy al borde de la muerte y nunca he logrado sentir nada parecido. Recuerdo aquel lugar donde el mundo era enteramente mío y yo era enteramente del mundo. El aprendizaje de todos estos años puede resumirse así: la esperanza tiene forma de mujer. Su figura es la prueba de que a la vida solo se llega gracias a la generosidad de quien ha decidido cedernos su cuerpo para que nosotros comencemos a ser. Juro que mi único refugio desde que nací fueron las manos de mi madre. Ellas me empujaron a salir al mundo. Tocarlas y sentir su latido en mi piel fue la única forma de armonizar de nuevo nuestros corazones, de volver a lo que fui. Ahora sé que el agua bendita la guardaba su vientre y no las Iglesias. Al paraíso no se llega tras la muerte, sino antes de la vida. Justo nueve meses antes.

Nadando por la sororidad

Paola Moreno Mora

Cada mañana Belén va a entrenar a la piscina climatizada. Se está preparando para los Juegos Olímpicos de París y se está esforzando por conseguir participar allí. Sara también se ha propuesto como reto nadar en París. Aunque Belén y Sara competirán mutuamente, se están apoyando en este camino. Al llegar sumergen sus manos entrelazadas en el agua. Consideran que cada mujer debe animar a las demás y no ir en su contra. Su deseo es ser un ejemplo para todas las niñas que las vean y quieran seguir su sueño. Visibilizar que el deporte femenino es igual de importante que el masculino y que deben contar con los mismos derechos. Que cada victoria es un paso más en ese camino. Dejando de lado la recompensa material y centrándose en todos los valores que pueden contribuir a una sociedad en la que prime la admiración en lugar de la envidia.

Deepfake

Elena Boira*

—No puedo más, Leire —exclama en un quejido que le sale del pecho. — Estoy agotada de recibir todos los días mensajes, notificaciones, avisos. Es coger el móvil y se me ponen las manos a temblar. Llevamos tantos años, décadas, siglos de lucha, ¿para que ahora nos vengan con esto? Es alucinante que haya tanta creatividad y esfuerzo en hacer daño, más si cabe contra las mujeres. Y por si fuera poco, no solo tengo que sufrir la repercusión de esta mierda de contenido, sino que tengo que utilizar mi tiempo en tener que denunciarlo. Todo para que las grandes empresas no hagan NADA.

Las lágrimas de la impotencia se evaporan de la rabia y Marta se levanta de la cama, coge el vaso de agua del que antes había bebido para poder contarle a su amiga entre sollozos la injusticia de cómo habían usado su imagen, y lo estrella contra el suelo.

—¡Como si tengo que reventar todos los servidores web!

La última sonrisa

Maribel Martínez López

En aquella lágrima podían adivinarse todos los mares navegados y las imágenes que sus pupilas grabaron en su mente y en su corazón de mujer.

Todo el agua de la superficie terrestre no alcanzaba el caudal de emociones que descendía por su mejilla y sus manos intentaban contener.

Se sabía tierra y agua. Se sentía aire y fuego. Arraigada a una familia; hacedora de vida. Barro moldeado por sí misma en ardientes pasiones. Tanto tiempo atrás sucedió aquello, que se sentía desdoblada como si no fuera actante sino ferviente espectadora de una trama que ahora recordaba.

Se sentía viento. El que la había llevado de una a otra aventura hilvanando su vida. Pero ahora ese céfiro que antaño la había impulsado, se tornaba galerna impetuosa que deshacía su telar.

Recogía aquella lágrima el mosaico de todo lo amado y lo sufrido, mientras dibujaba en su rostro la postrera escena antes de que se bajase el telón.

Pudo oír los aplausos, que sonaban a velas cortando una tormenta. Y su corazón latió la última sonrisa.

² Como coordinadora del certamen y editora del volumen, y con la venia de la coordinadora y editora principal, mi compañera Noelia Barbed; y fuera del certamen, me atrevo a añadir a los excelentes relatos recogidos en este volumen uno de creación propia escrito tiempo atrás.

Con la colaboración de:



La Rioja



**UNIVERSIDAD
DE LA RIOJA**

Vicerrectorado de Responsabilidad Social y Corporativa
Unidad de Igualdad de Inclusión
Grupo de Investigación 'Igualdad y Género'
Facultad de Letras y de la Educación
Departamento de Ciencias de la Educación